

Además...

EL OTRO NEGOCIO

- I -

FSTE don Fermín Zaldúa, en cuanto tuvo uso de razón, y fué muy pronto, por no perder el tiempo no pensó en otra cosa más que en

hacer dinero. Como para los negocios no sirven los muchachos, porque la ley no lo conciente, don Fermín sobornó al tiempo y se las compuso de modo que pasó atropelladamente por la infancia, por la adolescencia y por la primera juventud, para ser cuanto antes un hombre en el pleno uso de sus derechos civiles, y en cuanto se vió mayor de edad, se puso a pensar si tendría el algo que reclamar por el beneficio de la restitución *in integrum*. Pero ¡ca! Ni un ochavo tenía que restituir alma nacida, porque, menor y todo, nadie le ponía el pie delante en lo de negociar con astucia, en la estrecha esfera en que la ley hasta entonces se lo permitía. Tan poca importancia daba él a todos los años de su vida en que no había podido contratar, ni hacer grandes negocios por consiguiente, q' había olvidado casi por completo la inocente edad infantil y la que sigue, con sus dulces ilusiones, que él no había tenido, para evitarse el disgusto de perderlas. Nunca perdió nada don Fermín, y así, aunque devoto y aun supersticioso, como luego veremos, siempre se opuso terminantemente a aprender de memoria la oración de San Antonio para encontrar las cosas perdidas. ¿Para qué? —decía él—. ¡Si yo estoy seguro de que no he de perder nunca nada!

—Sí tal —le dijo en una ocasión el cura de su parroquia, cuando Fermín ya era muy hombre—, sí tal; puede usted perder una cosa...: el alma.

—De que eso no suceda —replicó Zaldúa— ya cuidaré yo a su tiempo. Por ahora, a lo que estamos. Ya verá usted, señor cura, cómo no pierdo nada. Procedamos con orden. El que mucho abarca poco aprieta. Yo me entiendo.

Lo único de su niñez que Zaldúa recordaba con gusto y con provecho era la gracia que desde muy temprano tuvo de hacer parir dinero al dinero y a otras muchas cosas. Pocos objetos hay en el mundo, pensaba él, que no tengan dentro algunos reales por lo menos; el caso está en saber retorcer y estrujar las cosas para que suden cuartos.

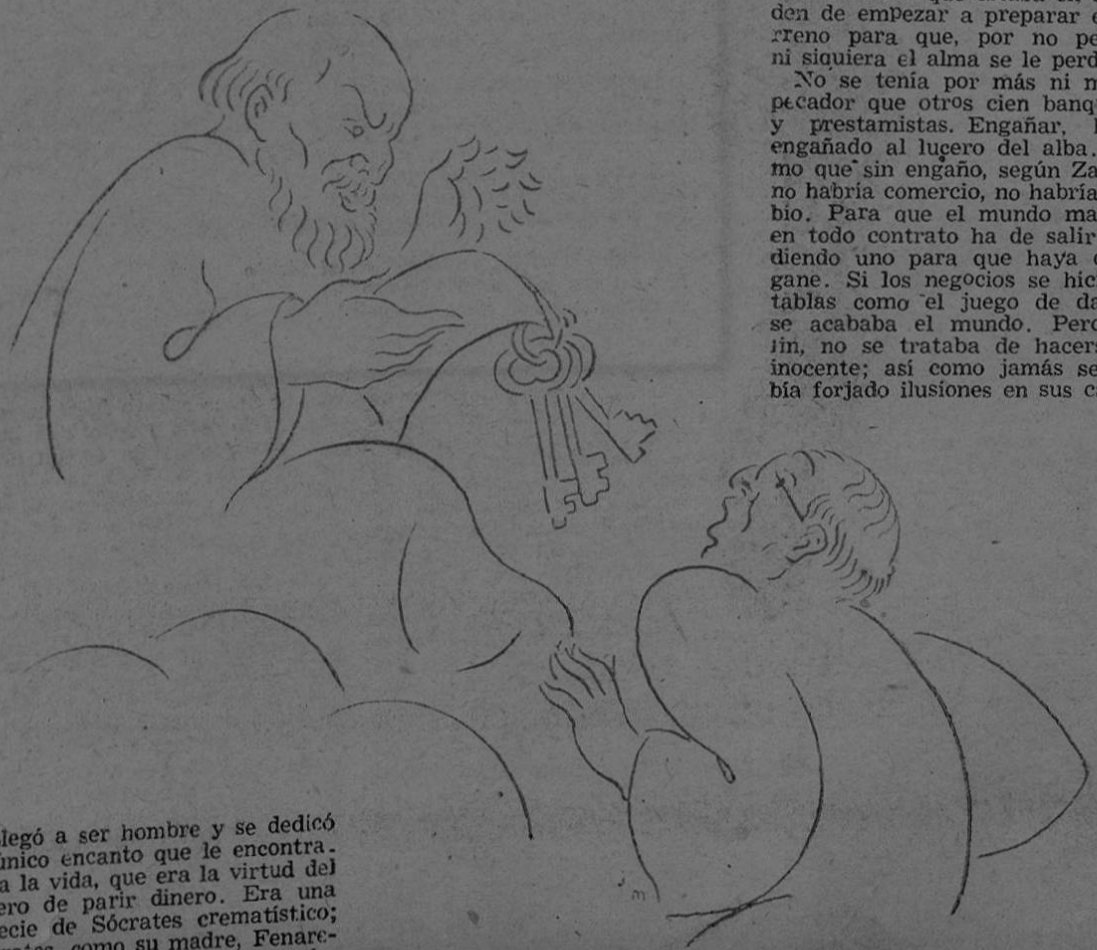
Y lo que hacía el muchacho era juntarse con los chicos viciosos, que fumaban, jugaban y robaban en casa dinero o prendas de algún va-

"Clarín" es el gran cuentista español del Siglo XIX. Sólo Alarcón y la Pardo Bazán se le aproximan. Por momentos tierno y socarrón, dramático y humorista, bucólico y cínico, dominó el género como pocos lo han logrado. Sin embargo, la nueva generación de lectores prácticamente le desconoce, y esto injustificable. Aquí le tenemos en un momento (por citar a uno de sus críticos) "de secreto humorismo, del más apremiante y punzante". Leopoldo Alas (Clarín) nació en 1852 y murió 1901.

por LEOPOLDO ALAS
(CLARIN)

tarlos, sino por sacarles de apuros cuando carecían de pecunia, cuando perdían al juego, cuando tenían que restituir el dinero cogido a la familia o las prendas empañadas. Fermín adelantaba la plata necesaria...; pero era con interés. Y nunca prestaba sino con garantías, que solían consistir en la superioridad de sus puños, porque procuraba siempre que fueran más débiles que él sus deudores y el miedo le guardaba la vida.

Todo es según se mira: su aversión era cosa de su genio; él era un genio de la ganancia. De una casa de banca ajena pronto pasó a otra propia; llegó en pocos años a ser el banquero más atrevido, sin dejar de ser prudente, más lince, más afortunado de la plaza, que era importante; y no tardó su crédito en ser cosa muy superior a la esfera de los negocios locales, y aun provinciales, y aun nacionales; emprendió grandes negocios en el extranjero, fué su fa-



Llegó a ser hombre y se dedicó al único encanto que le encontraba a la vida, que era la virtud del dinero de parir dinero. Era una especie de Sócrates crematístico; Sócrates, como su madre, Fenarettes, matrona partera, se dedicaba a ayudar a parir... pero ideas. Zaldúa tenía treinta y tres años cuando llegó a ser hombre por ciento.

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA"
CON ESTE CONTENIDO:

- * EL OTRO NEGOCIO. (Cuento), por Leopoldo Alas (Clarín).
- * EL PRIMER AMOR. (Poema), por Giacomo Leopardi.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loría.
- * TRANSITO ESPIRITUAL DE CARLOS PAREJA, por Carlos Fernández Sessarego.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * EFEMERIDES DE DICIEMBRE.
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- * Los libros y los días: MARTIN DU GARD OPINA SOBRE GIDE, por Ramón Sender.
- * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba.

San José, Costa Rica, 6 de Diciembre de 1953.

Nº 76

ma universal, y a todo esto él, que tenía el ojo puesto en todas las plazas y en todos los grandes negocios del mundo, no se movía de su pueblo, donde iba haciendo los necesarios gastos de ostentación como quien pone mercancías en un escaparate. Hizo un palacio, gran palacio, rodeado de jardines; trajo lujosos trenes de París y Londres, cuando lo creyó oportuno, y lo creyó oportuno cuando cumplió cincuenta años, y pensó que era ya hora de ir preparando lo que él llamaba para sus adentros el otro negocio.

- II -

Aunque el cura aquel de su parroquia va había muerto, otros quedaban, pues curas nunca faltan; y don Fermín Zaldúa, siempre que veía unos manteos se acordaba de lo que le había dicho el párroco y de lo que él le había replicado.

Ese era el otro negocio. Jamás había perdido ninguno, y las canas le decían que estaba en el orden de empezar a preparar el terreno para que, por no perder, ni siquiera el alma se le perdiese.

No se tenía por más ni menos pecador que otros cien banqueros y prestamistas. Engañar, había engañado al lugero del alba. Como que sin engaño, según Zaldúa, no habría comercio, no habría cambio. Para que el mundo marche, en todo contrato ha de salir perdiendo uno para que haya quien gane. Si los negocios se hicieran tablas como el juego de damas, se acababa el mundo. Pero, en fin, no se trataba de hacerse el inocente; así como jamás se había forjado ilusiones en sus cálcu-

EL PRIMER AMOR

*¡Cómo recuerdo el agitado día
en que movíame amor súbita guerra,
y dije: si es amor, cómo porfia!*

*Con los ojos clavados en la tierra
miraba, de mi pecho en el arcano,
la imagen celestial que allí se encierra.*

*¡Oh amor que para mí fuiste tirano!
¡Por qué tan deleitoso sentimiento
haces brotar entre dolor insano?*

*¡Por qué en medio de angustias y lamento,
y no serena, y apacible, y pura
nació en mí la pasión como un tormento?*

*Dime, cándido pecho: ¡qué pavora
en ti causaba la divina idea
que sobre todas las demás fulgura,*

*que cuando el sol en el centil flamea
o cuando sombra oscura invade el cielo
tus internas visiones hermosas?*

*Tú, a la par venturoso y en desvelo,
me fatigabas sobre el lecho blando,
palpitante de amor y de recelo.*

*Y cuando yo, los párpados cerrando,
a reposar de mis afanes iba,
despertaba de pronto delirando.*

*¡Cuán bella entre las sombras y cuán viva
ella se alzaba! Con cerrados ojos
yo miraba su imagen fugitiva;*

*palpitaciones íntimas, sonrojos
dulces sentía; suaves pensamientos
mezclados con quiméricos antojos*

*se alzaban en tropel, como los vientos
se alzan del fondo de la selva umbría,
arrancándole trémulos acentos.*

*Y mientras mustio y sin hablar yacía,
¡qué hiciste, corazón, cuando llegaba
la hora fatal en que mi bien partía?*

*La llama apenas del amor estaba
prendiendo en mí, cuando la leve brisa
que la hiciera vivir se amortiguaba.*

*La aurora dibujábase indecisa
y ya se oía en el portal desierto
plafar los brutos con ansiosa prisa.*

*Y yo, tímido, mudo e inexperto
rascar queriendo la tintiebla bruna
desde la altura del balcón abierto,*

*aguzaba el oído, por si alguna
voz llegaba en señal de despedida:
¡postrero don de la fugaz fortuna!*

*A veces, como ráfaga perdida,
llegaba a mí desconocido acento
que transportaba de emoción mi vida:*

*y cuando al fin se disipó en el viento
la cara voz y se perdió lejano
el coche sobre el duro pavimento,*

*solo quedé, y en mi despecho insano
corrí a mi lecho, entrecorré los ojos,
oprimiéndome el pecho con la mano.*

*Luego, postrado en mi aflicción de hinojos,
por la estancia, arrastrándome, decía:
Después de esto, ¡qué son penas y enojos!*

*Duro recuerdo el pecho me roía,
y a cada semejanza engañadora
el corazón doliente me oprimía;*

*y el dolor me minaba hora por hora,
cual lluvia melancólica y constante
que el turbio cielo sobre el campo llora.*

*Ni yo te conocía, tierno infante
de nueve y nueve soles, amor fiero,
cuando por ti se me anubló el semblante;*

*y huyendo todo halago lisonjero,
de los astros odié la lumbre pura
y de los prados el verdor primero.*

*El anhelo de gloria, que tortura
a todo pecho juvenil, cedia
al hechizo inmortal de la hermosura.*

*Ni la vista a los libros revolvia,
mirando con desdén por vez primera
lo que llevaba la existencia mía.*

*¡Cómo pude cambiar de tal manera
que un amor me arrancó tantos amores!
¡Oh vanidad de la mortal quimera!*

*En amantes coloquios interiores
el tiempo inútil transcurrir dejaba,
a cultivar atento mis dolores,*

*las miradas alónticas fijaba
tenaz en tierra, y de visión impura
el halago fatídico esquivaba.*

*¡Qué la intacta castísima figura
fija en mi mente perturbar temía,
como agita el turbión la linfa pura.*

*Vivo remordimiento me oprimía
midiendo lo fugaz de mi contento,
y en veneno trocaba mi alegría.*

*Y lloraba, con íntimo tormento,
el tiempo malgastado, que ya el duro
freno no sujetaba el sentimiento.*

*Al cielo, al coro de los astros juro
que nunca anhelo vil entró en mi seno,
que ardí en afecto candoroso y puro.*

*Vive ese ardor en mi casto y sereno,
vive la imagen célica en el alma,
que todo impulso generoso y bueno
en mí despierta y mis anhelos calma.*

GIACOMO LEOPARDI
(1798 - 1837)

(Traducción de Antonio Gómez Restrepo).

los para negociar, tampoco ahora quería forjárselas en el otro negocio: "A Dios —se decía— no he de engañarle, y el caso no es buscar disculpas, sino remedios. Yo no puedo restituir a todos los que pueden haber dejado un poco de lana en mis zarzales. ¡La de letras que yo habré descontado! ¡La de préstamos hechos! No puedo ser. No puedo ir buscando uno por uno a todos los perjudicados, en gastos de correos y en indagatorias se me iría más de lo que les debo. Por fortuna, hay un Dios en los cielos que es acreedor de todos; todos le deben todo lo que son, todo lo que tienen; y pagando a Dios lo que debo a sus deudores unifico mi deuda, y para mayor comodidad me valgo del banquero de Dios en la tierra, que es la Iglesia. ¡Magnífico! Valor recibido, y andando. Negocio hecho".

Comprendió Zaldúa que para festejar al clero, para gastar parte de sus rentas en beneficio de la Iglesia, atrayéndose a sus sacerdotes, el mejor reclamo era la opulencia, no porque los curas fuesen generalmente amigos de poderosos y cortesanos de la abundancia y del lujo, sino porque es claro que siendo misión de una parte del clero pedir para los pobres, para las causas pías, no han de postular donde no hay de qué ni han de andar oliendo dónde se guisa. Es preciso que se vea de lejos la buena voluntad de dar. Ello fué que, en cuanto quiso, Zaldúa vio su palacio lleno de levitas, y tuvo oratorio en su casa; y, en fin, la piedad se le entró por las puertas tan de rondón, que toda aquella riqueza y todo aquel lujo empezó a oler así como a incienso; y los tapices y la plata y el oro labrados de aquel palacio con todos sus jaspes y estatuas y grandezas de mil géneros, llegaron a parecer magnificencias de una catedral, de esas que enseñan con tanto orgullo los sacristanes de Toledo, de Sevilla, de Córdoba, etcétera, etc.

Limosnas abundantísimas, y aun más fecundas por la sabiduría con que se distribuyeron siempre, fundaciones piadosas de enseñanza, de asilo para el vicio arrepentido, de pura devoción y aun de otras clases, todas santas; todo esto y mucho más por el estilo brotó del caudal fabuloso de Zaldúa como de un manantial inagotable.

Mas, como no bastaba pagar con los bienes, sino que se había de contribuir con prestaciones personales, don Fermín, que cada día fué tomando más en serio el negocio de la salvación, se entregó a la práctica devota, y en manos de su director espiritual y administrador místico, don Mamerto, maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral, fué convirtiéndose en paulino, en siervo de María, en cofrade del Corazón de Jesús, y, lo que importaba más que todo, ayunó, frecuentó los Sacramentos, huyó de lo que le mandaron huir, creyó cuanto le mandaron creer, aborreció lo aborrecible, y, en fin, llegó a ser el hombre más humilde y dócil de la diócesis, tanto, que don Mamerto, el maestrescuela, hombre listo, al ver oveja tan sumisa y de tantos posibles le llamaba para sus adentros "el Tolón de Oro".

— III —

Todos los comerciantes, saben que sin buena fe, sin honradez general en los del oficio, no hay comercio posible; sin buena conducta, no hay confianza, a la larga; sin confianza, no hay crédito; sin crédito, no hay negocio. Por propio interés ha de ser el negociante limpio en sus tratos; una cosa es la ganancia, con su en-

gaño necesario, y la trampa es otra cosa. Así pensaba Zaldúa, que debía gran parte de su buen éxito a esta honradez formal, a esta seriedad y buena fe en los negocios, una vez emprendidos los de ventaja. Pues bien: el mismo criterio llevó a su otro negocio. Sería no conocerle pensar que él había de ser hipócrita, escéptico; no; se aplicó de buena fe a las prácticas religiosas, y sí, modestamente, al sentir el dolor de sus pecados, se contentó con el de atrición, fué porque comprendió, con su gran golpe de vista, que no estaba la Magdalena para tafetanes y que a don Fermín Zaldúa no había que pedirle la contrición, por que no la entendía. Por temor al castigo, a perder el alma, fué, pues, devoto; pero este temor no fué fingido, y la creencia ciega, absoluta, que se le pidió para salvarse la tuvo sin empacho y sin el menor esfuerzo. No comprendía cómo había quien se empeñaba en condenarse por el capricho de un

querer creer cuanto fuera necesario. El lo creía todo, y aun llegó, por una propensión común a los de su laya, a creer más de lo conveniente, inclinándose al fetichismo disfrazado y a las más claras supersticiones.

En tanto que Zaldúa edificaba el alma como podía, su palacio era emporio de la devoción ostensible y aun ostentosa, eterno jubileo, basilica de los negocios píos de toda la provincia, y a no ser profanación excusable, llamarlo lonja de los contratos ultratelúricos.

Mas sucedió a lo mejor, y cuando el caudal de don Fermín estaba recibiendo los más fervientes y abundantes bocados de la piedad solícita, que el diablo, o quien fuese, inspiró un sueño, endemoniado, si fué del diablo, en efecto, al insigne banquero.

Suñó de esta manera. Había llegado a la de vámonos; él se mar-
... su renuncio, y don Ma-

inerto a la cabecera de su lecho, lo consolaba diciendo:

—Animo, don Fermín, ánimo, que ahora viene la época de cosechar el fruto de los sembrado. Usted se muere, es verdad, pero ¿qué? ¿Ve usted este papelito? ¿Sabe usted lo que es? Y don Mamerto sacudía ante los ojos del moribundo una papeleta larga y estrecha.

—Eso... parece una letra de cambio.

—Y eso es efectivamente. Yo soy el librador y usted es el tomador; usted me ha entregado a mí, es decir, ha entregado a la Iglesia, a los pobres, a los hospitales, a las ánimas, la cantidad... equis.

—Un buen pico.
—¡Buena! Pues bueno; ese pico me mando yo, que tengo fondos colocados en el cielo, porque ya sabe usted que ato y desato, que se lo paguen a su espíritu de usted en el otro mundo, en una buena moneda de la que corre allí

Martin du Gard opina sobre Gide

Por RAMON SENDER

L libro de Martin du Gard "Remembranzas de André Gide", recientemente publicado en los Estados Unidos, está siendo muy discutido. Nada más elocuente sobre la vida de un autor que el testimonio de un compañero y colega.

Los tres grandes amigos de Gide fueron Martin du Gard, Paul Valéry y Paul Claudel. Pero así como la amistad de Gide con Claudel estaba jaloneada de controversias y desacuerdos, y su relación con Valéry, de odios secretos, la amistad con Martin du Gard fué siempre caracterizada por la facilidad y la serenidad del diálogo y por un cierto afecto sobrentendido. Cosa rara entre escritores tan contrarios en el fondo y en la forma.

Hace algunos años se publicó en París un volumen de cartas de Claudel y Gide. Esos papeles, hechos públicos durante la vida de los dos, produjeron más escándalo que adocrinación. Los dos autores se mostraban esclavos de su intransigencia y sus prejuicios. Los de Gide, viciosos. Los de Claudel, puritanos. Pero también Claudel mostraba una vanidad irritada y a veces pueril. El despliegue de todos aquellos documentos hizo poco favor a las letras francesas. El público debió pensar que los escritores son una clase de gente banal e irascible, capaz de morir y de matar más por los intereses de su buen nombre literario, que por una convicción o un credo.

Con Valéry las relaciones de Gide fueron armoniosas, tal vez porque Gide no se permitía discutir al autor de "La joven parca". Daba la razón fácilmente al poeta francés, y cuando después de sus discusiones se separaban, Gide escribía en su diario: "La clarividencia y el talento de Valéry me exasperan. No puedo con él". Lo encontraba monstruosamente sagaz. En el fondo, Valéry como Claudel despreciaban a Gide. Claudel lo despreciaba como hombre, por su homosexualidad. Valéry tal vez como escritor, por la vaga inconsistencia de sus novelas, aunque estimaba la sinceridad y la sutileza de sus ensayos en materia estética y moral.

Martin du Gard, en cambio, trató siempre a Gide como a un colega que escribe novelas mejores o peores, y cambió con Gide opiniones sobre literatura y arte, sin dar demasiada importancia a las debilidades del autor de "El Inmoralista". Du Gard y Gide eran muy diferentes. Sus novelas representan polos opuestos de la naturaleza humana y puntos de vista contrarios en la manera de entender el mundo. No trataron nunca de estar de acuerdo ni de convencerse reciprocamente. Tal vez por eso se entendieron.

Cuenta Martin du Gard cómo conoció a Gide. Estando en una fiesta de la "Nouvelle Revue" vió entre otros invitados a un hombre que "parecía uno de esos vagabundos que buscan el calor acogedor del templo. Podría ser un cura réprobo, un sacerdote con la conciencia turbia". Du Gard lo miró con una curiosidad implacable de novelista y tuvo la impresión de que "el pelo de aquel hombre estaba muerto en sus raíces". Tenía Gide, según Martin du Gard, un cuello como de...

y, en su conjunto, el escritor daba una impresión enfática, pero plácida y como vacía. Fueron presentados y se inició una amistad que duró toda la vida.

Como se ve, lo que Martin du Gard dice sobre Gide tiene la fuerza de los testimonios de primera mano. Es especialmente interesante la manera de ver la novela en cada uno de esos autores agraciados ambos con el Premio Nóbel. Martin du Gard es autor de la monumental serie, "Los Thibault", que se inició en 1922 con "El cuaderno gris", terminó en 1936 con "El verano del 14" y más tarde, en 1940, fué cerrada definitivamente con una narración que llevaba el título genérico de "Epilogo". Para Martin du Gard la novela es un género rectilíneo y unilateral hecho de anécdotas e incidentes sucesivos. El espejo y el camino, de Stendhal. Para Gide la novela es más bien una forma de expresión espacial, es decir, sin camino y, sobre todo, sin camino recto.

Desde el primer libro de Gide, "Los papeles de André Walter" (1891), hasta las últimas notas de su "Diario" escritas pocos días antes de morir en 1951, la naturaleza literaria de Gide se expresó con un sentido más de espacio que de tiempo. Estaba Gide más atento a valores morales y poéticos, que a las severas leyes de la psicología tal como la entiende el novelista al uso. Gide no escribió novelas que pudieran ser gustadas por el público que busca emociones elementales en la intriga, la sorpresa, la grandeza o miseria del mundo de los sentimientos. Ni siquiera las perplejidades de los "nervios secretos" de la acción (novela psicológica). Gide escribía novelas sin ninguna de esas cualidades. Entendía la novela como un pretexto para iluminar los rincones oscuros o diáfanos de aquella parte de su vida no incorporada del todo al plano de la conciencia. Por eso en sus novelas, y entre ellas, en "Los monederos falsos" (1926), hay más vaguedad lírica que personajes, y en estos, más carácter que acción. Las páginas que se refieren al sanatorio en Suiza son espléndidas.

Gide fué un extraordinario comentarista para quien no pasaron inadvertidos los más sutiles movimientos de su propia inteligencia ni los estímulos más ligeros de la sensibilidad de los otros. Su ambición de escribir una "verdadera novela" y un "verdadero drama" no se cumplió nunca, y en lo que se refiere al teatro lo confiesa Gide con melancolía.

Martin du Gard recuerda en su libro de un modo pintorescamente gráfico las diferencias de estructura entre sus novelas y las de Gide con las siguientes palabras del autor de "Los monederos falsos": "Hay dos sistemas de hacer novelas. Usted, Martin du Gard, nunca nos muestra los seres ni las cosas al sesgo. No quiere verlas de lado, sino de frente. Nunca emplea un punto de vista sorprendente ni deliberadamente anacrónico. De este modo usted se priva de uno de los mejores recursos del narrador". Y tomando una hoja de papel, Gide trazó una línea horizontal y puso encima una serie de puntos paralelos que representaban otros focos de luz. La línea simbolizaba la dirección de la acción y estaba iluminada uniformemente por una serie de luces que llegaban siempre del mismo lado.

En el reverso de la misma hoja Gide trazó un semicírculo y



puso una sola luz en su interior, en el centro, diciendo: "Este es mi sistema". Lo habría explicado Gide de un modo más completo si la curva se hubiera cerrado sobre sí misma dejando la luz dentro. La línea recta y la curva son dos buenos símbolos de lo temporal y de lo espacial. La mente de Martin du Gard en "Los Thibault" avanza y camina. La de Gide está quieta e irradia. Hay en "Los Thibault" comienzo medio y fin. En "Los monederos falsos" hay atmósfera. Toda la obra de Gide es atmósfera. Sus mismos comentarios sobre incidentes reales, sobre hechos históricos, parecen desprovistos de temporalidad. Lo que pierden en esa dimensión lo ganan en esencia.

La mayor admiración de Gide dentro de Francia era Montaigne, el padre del ensayo literario moderno. Y fuera de Francia, Dostoyevsky, el novelista ruso. Pero así como Gide se acercó a Montaigne en la sinceridad escandalosa y en la agudeza de la interpretación, en cambio en la novela no logró aproximarse a los patrones espléndidos de Dostoyevski. Habría querido Gide hacer con su "conciencia inmoral" lo mismo que el autor ruso con su "conciencia moral". Pero le faltaba a Gide densidad humana.

No hay grandes revelaciones en el libro de Martin du Gard. Ha escrito tanto Gide sobre sí mismo, que nada de lo que sus comentaristas y biógrafos nos digan añadirá gran cosa. Pero el libro tiene el valor del testimonio desinteresado y nos muestra hasta qué punto Gide decía la verdad cuando hablaba de sí mismo.

Sobre el famoso período de simpatías comunistas de Gide, dice Martin du Gard que nunca creyó que responderían esas simpatías a una realidad profunda en el carácter de Gide. "Tuvo siempre Gide la más viva y natural repugnancia para todos los sistemas dogmáticos. Tenía un amor demasiado arraigado por su propio equilibrio inestable y una tendencia a la compensación de los puntos de vista contradictorios. Los comunistas debían estar mal informados cuando contaron con Gide. Temía yo mucho que, a pesar de su buen deseo, Gide decepcionara a sus nuevos amigos". Yo recuerdo que cuando Gide manifestó su adhesión a los comunistas, publiqué en Madrid un artículo tomándolo a broma y diciendo que, aunque su adhesión era sincera y conmovida, precisamente esa sinceridad y emoción lo apartarían del comunismo. Y así fué.

Gide no era hombre dispuesto a asimilar la lógica empírica impuesta desde fuera. Toda su vida la pasó huyendo de esas fórmulas y tratando de desarrollar en su propia personalidad lo que le parecía más fortuito, espontáneo y arbitrario. Esos valores, que son el fruto natural de la individualidad, difícilmente se ponen de acuerdo con los intereses sociales. Cuando veía Gide en Paul Valéry alguna forma de fariseísmo lo denunciaba, escandalizado. Cuando veía en Claudel su cristianismo intransigente, tonante y retórico, lo odiaba. "Sus palabras —dice en su diario— son disonantes e hirientes como los aullidos de un perro" Gide no pudo estar de acuerdo con forma alguna de civilidad, de moralidad ni de filosofía preestablecidas.

Era pues, Gide insocial por naturaleza. Es curioso imaginar lo que la vida de Gide hubiese sido en el caso de nacer sin fortuna. De no ser rico, Gide se habría visto obligado, o al menos empujado, a todo género de compromisos. Discrepar, en lugar de ser un placer intelectual, hubiera sido un suplicio con todas sus consecuencias. En esa perspectiva lo de menos sería el escándalo de su vida privada. La naturaleza tiene derecho a equivocarse y se equivoca lo mismo en el mundo vegetal que en el animal, dando a veces a sus errores caracteres extraños. Pero lo que no puede menos de intrigarlos es la hipótesis de lo que el desarrollo intelectual y estético de Gide habría sido. Tal vez la pobreza hubiera despertado en él recursos de sensibilidad y de sentimiento que durmieron siempre y que con él se han ido a la tumba.

Pero por encima de todo esto, el libro de Martin du Gard nos deja una imagen de Gide bastante objetiva. Esta es una tarea para los que lo vieron vivir. Gide quería objetivarse a sí mismo en "El Inmoralista" (1902), en "Corydon" —su defensa socrática de la homosexualidad— y en tantos otros libros, incluido su escandaloso diario. Si lo ha conseguido o no, lo sabremos cuando hayamos leído todos los testimonios de sus amigos y colegas. El hombre no es sólo lo que piensa, sino lo que hace e incluso lo que parece a los demás. El día que aquellas personas que lo odiaban o lo despreciaban, como Cocteau, Claudel y otros, escriban sobre Gide, como lo ha hecho Martin du Gard, podremos ver a Gide en una perspectiva adecuada. Una vez más nos dice la historia de la literatura, como nos había dicho antes la filosofía, lo difícil que es ver claro en el hombre y, sobre todo, tratar de definirlo en su inmensa pequeñez y en su sencilla complejidad.



HERBERT SPENCER

La gran ambición de Herbert Spencer consistió en construir la filosofía del movimiento científico y la metafísica del siglo XIX. No obstante, en el momento de su muerte —que ocurrió el 8 de diciembre de 1803— el filósofo no estaba seguro de haber logrado realizar su anhelo. En el último de los quince volúmenes de su obra se lamenta de que "la doctrina de la evolución no hubiera proporcionado toda la luz esperada". Mas, Spencer, en mayor grado que cualquier otro de sus contemporáneos, expresó la fe de los hombres de su tiempo y la creencia en el progreso. En realidad, suponía que el progreso era la ley suprema del universo. Había sabido adaptar al darwinismo los principios esenciales y las reglas de la moral, pasando del criterio evolucionista (la supervivencia de los más aptos), al criterio de la felicidad: el placer crea la función. El progreso —decía Spencer— conduce a la adaptación total, o sea a la felicidad perfecta. Y a través de su doctrina, dejaba prever la posibilidad futura de un estado de armonía social tan completo que desaparecían las contradicciones entre egoísmo y altruismo: al volverse inútil toda autoridad, social o moral, cada individuo encontraría su bienestar en el cumplimiento de actos de altruismo, si éstos fueran aún necesarios. Pero Herbert Spencer no se atrevió a señalar ninguna fecha futura para el advenimiento de esta utópica armonía.

HECTOR BERLIOZ

La historia del niño que da signos de una vocación artística indudable y a quien, sin embargo, su familia obliga a seguir la carrera de notario o de médico, o el oficio de panadero, es una vieja y común historia, que se puede aplicar también a Héctor Berlioz —cuyo 150º aniversario se celebra el 11 de diciembre— que llegó a ser músico, a pesar de todo. Tenía más de veinte años cuando pudo al fin, al precio de un doloroso acto de insubordinación, comenzar sus estudios. Sus progresos fueron rápidos: antes de los 30 años de edad había escrito ya una Misa, varios cantos corales y oberturas y la célebre "Sinfonía fantástica". Pero, en la disciplina de la música, desgraciadamente, el tiempo perdido no puede jamás volverse a encontrar. Durante toda su vida le faltó a Berlioz la formación técnica que le había sido negada en sus primeros años. Improvisador extraordinario demostró su genio en obras maestras como "La condenación de Fausto", "La infancia de Cristo", o el "Tedeum". No se puede dejar de pensar, ante el ejemplo de su vida, que ese genio habría realizado obras más grandes si su padre no le hubiera prohibido aprender su oficio.

Discipulo de Kant en Königsberg y gran lector de Rousseau, el joven Herder se propuso reformar la sociedad, modificando la educación. Mas, al recorrer Inglaterra, Francia, Holanda, vió desvanecerse su sueño pedagógico y se ocupó con mayor intensidad de literatura. Encontró a Goethe en Estrasburgo y adquirió pronto una autoridad indiscutible en las disciplinas de la historia y de la poesía. Se le consideró como el "inventor" de la poesía popular, hasta entonces ignorada o menospreciada por los hombres de letras. Naturalmente, al traducir viejos poemas españoles y hebreos y al dar a conocer las canciones, baladas y leyendas alemanas, o al rehabilitar el arte gótico, no lograba reformar la educación ni la sociedad, pero inauguraba oficialmente una edad nueva: la época romántica. Predicador y profesor en la Corte de Weimar durante 27 años, hasta su muerte —o sea hasta el 18 de diciembre de 1803— fué algo así como el maestro de escuela de los poetas alemanes, a quienes enseñó la sinceridad y el repudio de toda imitación. Pues, la poesía —dice Herder— "se metamorfosea según la lengua, las costumbres, el temperamento, el clima y también el acento esencial de cada pueblo".

MOUZAEMON CHIKAMATSU

Nacido en 1653 —o sea al comienzo de un período que fué la Edad de oro de la burguesía en el Japón— Chikamatsu aportó al teatro las mismas novedades y la misma libertad que sus ilustres contemporáneos Saikaku y Basho habían introducido respectivamente en la novela y la poesía. Desde el comienzo del siglo, los espectáculos populares atraían a las muchedumbres, que eran cada vez más rebeldes a las formas tradicionales de un teatro hierático. Las autoridades se inquietaron y prohibieron a las mujeres y a los niños aparecer en escena. Sin embargo, el teatro no fué menos gracioso ni menos realista: Chikamatsu escribía casi todas sus obras para ser representadas por títeres; esos magníficos fantoches japoneses que miden más de un metro de alto, poseen pupilas y párpados móviles, abren o cierran la boca, mueven los dedos y agitan con elegancia el abanico. Las obras de Chikamatsu —de las que subsisten una cincuentena, casi todas de cinco actos— tratan de explicar generalmente el conflicto pasional entre el deber y el sentimiento, la lealtad y el amor propio, la tradición y el espíritu de libertad. A veces, históricas, se inspiran frecuentemente en los acontecimientos actuales, pues según decía su autor: "la vida cotidiana está llena de situaciones dramáticas". Así, sus personajes —funcionarios, samurayes, ricos mercaderes o individuos de la pequeña burguesía— ofrecían un espejo fiel de la sociedad. Su creador les trataba imparcialmente, sin distribuir entre ellos grandes virtudes ni defectos. Y el público le felicitaba porque sabía con su teatro ayudar a la gente a conocerse y a comprenderse mejor. Sin embargo, Mouzaemon Chikamatsu se creía investido de una alta misión social. La gloria no le producía ninguna embriaguez, y cuando se hallaba ya en su lecho de muerte escribió este haikai de adiós:

"¿Últimas palabras? ¡Vamos! Espero que cuando ya habré partido como siempre florecerá el cerezo".

Por WILLIAM VOGT

(Adaptación del Lic. Edgardo Salazar y el Prgf. Carlos Luis Valle.— Dibujos de Walter R. Valenciang y Hugo Díaz).



ON los potreros sucede algo semejante a lo que pasa con los bosques; las quemas impiden que produzcan semillas; es algo así como si se impidiera que las gallinas pongan huevos. El fuego destruye la materia orgánica, las hojas secas del pasto que deberían devolver su riqueza a la tierra.

Peró todavía es más peligroso tener demasiados animales; demasiadas vacas en un potrero acabarán con él, impedirán que haya semillas que "ponga huevos". Y todavía peores son las cabras, pues se comen el pasto hasta las raíces y caminan siempre por el mismo trillo.

Costa Rica tiene cada día menos pasto para proteger el suelo; el agua de lluvia comienza a correr por los trillos que deja el ganado y los va ahondando cada vez más. Entonces se forman los zanjones que cada vez reciben más agua; y éstos se ahondan hasta convertirse pronto en barrancos.

Solían los indios norteamericanos después de las batallas arrancar el cuero cabelludo de sus enemigos, para tenerlo como trofeos de guerra. Y eso precisamente es lo que muchos costarricenses están haciendo con su tierra ahora mismo: los campesinos están arrancando a la tierra su cuero cabelludo.

Cuando no quede nada sobre la roca o el subsuelo, nada crecerá allí; y entonces los costarricenses del futuro tendrán que padecer de hambre.

El peligro es todavía mayor en terrenos accidentados, o sea cuando se aran tierras de pendientes muy pronunciadas. Probablemente fué eso lo que ocasionó la desaparición de los Mayas, que vivían en un territorio quebrado, como el de Costa Rica. Sembraron sus milpas en laderas muy pronunciadas, y cuando la vegetación que protegía al suelo —los bosques o los potreros— desapareció, la lluvia lavó la tierra de labor.

Los indios peruanos eran expertos agricultores en laderas. Construían complicadas terrazas de piedra y sembraban su maíz en ellas; aun hoy día se usan muchas de estas terrazas, construidas antes de la conquista.

Los indios mexicanos también construyeron sus terrazas, y todavía las construyen, aunque no todos lo hacen. Solamente de esta manera se puede retener el suelo en terrenos de cultivo que están situados en laderas muy empinadas. Los pocos ticos que han construido terrazas están contentos de los admirables resultados que han obtenido. Si usted necesita "terracear" su terreno recurra a la agencia de STI CA más cercana y allí le dirán gratis qué debe usted hacer.

Si no se pueden construir terrazas, no se debe arar la tierra; se debe conservar como bosque o como potrero.

Es imposible dar reglas precisas y definitivas, ya que las condiciones varían mucho según los diferentes tipos de suelo, según las lluvias, vientos, etc.; sin embargo, se puede sugerir estas re-

glas generales para la mayor parte de las regiones de Costa Rica. Si la pendiente es de menos del 8%, es decir, si en cada 100 metros de declive el nivel del terreno bajo 8 metros, el cultivo será bastante seguro, sin necesidad de un tratamiento especial para evitar la erosión.

Si la pendiente es del 8% al 12%, se necesita entonces algún tratamiento especial, tal como los surcos en contorno, los cultivos en fajas anchas, etc.

Si la pendiente es del 12% al 25%, se puede cultivar únicamente tomando medidas bastante complicadas para preservar el suelo, talés como los surcos en contorno, los cultivos en fajas angostas, las terrazas, etc.

Si la pendiente es del 25% al 75% se debe usar sólo para potrero o para café, cultivándolo por supuesto con los métodos apropiados que la técnica aconseja.

Si la pendiente es del 75% o más, se debe dejar como bosque.

Repito que éstas son sólo reglas generales; pero les darán a ustedes una idea de por qué se está perdiendo el suelo y por qué la productividad ha bajado en los alrededores de su pueblo.

—Pero, —objetará algún campesino— ¡necesitamos cultivar las laderas, para tener cosechas!

—Sin duda. Pero si ustedes pierden su suelo para siempre por obtener unas cosechas de maíz, ¿vale la pena cultivarlos? ¿No sería mejor dejar las laderas para pastos, para potreros, y tener una cosecha de carne de res, o unas botellas de leche, mientras ustedes vivan, en lugar de una cosecha de maíz por sólo cinco años?

¿No sería mejor cosechar los productos que nos da el bosque, y hacerlo durante toda su vida, que no cosechar frijoles por tres o cuatro años?



Maravillosa Idea

En Costa Rica se tenía por costumbre contar las anécdotas y los chistes de nuestros grandes hombres, alrededor de una mesa de póker o de tragos. También en corrillos y en tertulias de amigos. Pero a nadie se le había ocurrido llevarlas a un libro.

Fué el periodista Carlos Fernández Mora que tuvo la brillante y feliz idea de recopilarlas todas en un hermoso libro titulado "ANÉCDOTARIO NACIONAL", las cuales ilustró a toda página. Noé Solano V. Ha sido pues, el primer libro de anécdotas ilustradas que se publica en Costa Rica y quizá en el resto de América, y que sin haber salido de las prensas, más de la mitad de la edición ya había sido vendida.

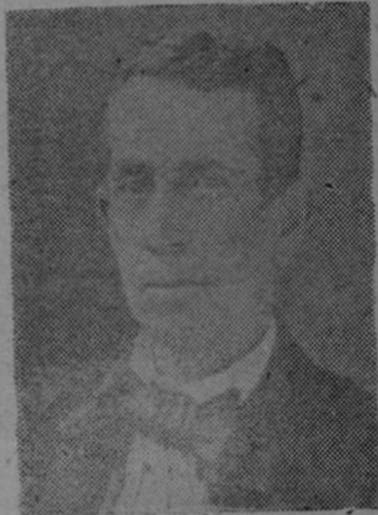
Este libro será indudablemente el mejor regalo para Noche Buena. Cómpralo hoy mismo en su librería al precio de C 10.00 el ejemplar.

En febrero de 1846 fué nombrado Representante de Costa Rica en la Dieta Centroamericana de Sonsonate, El Salvador. Por un tiempo fué Ministro de Hacienda y Guerra en la segunda administración de don Juan Rafael Mora. Además fué Presidente del Congreso. En calidad de Vice Presidente de la República se hizo dos veces cargo del Poder.

A consecuencia del golpe de estado de agosto de 1859 que derrocó a don Juan Rafael Mora, el señor Escalante fué expulsado junto con el ex-Presidente y otros personajes. Se radicó entonces en El Salvador, y algunos meses más tarde regresó al país.

MURIO en San José en agosto de 1860.

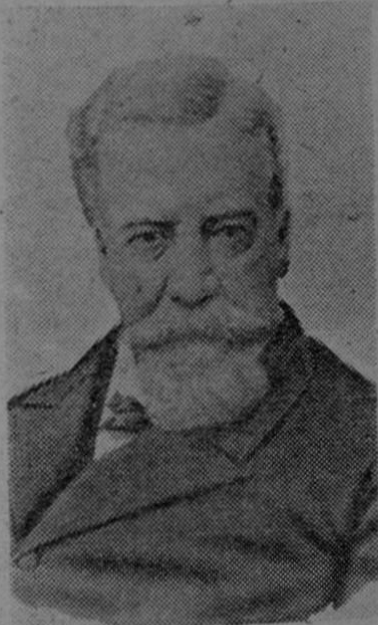
General **JOSE MARIA CASAS**



(sus datos personales fueron consignados anteriormente)

Ministro de Hacienda y Guerra en la segunda administración de Mora.

Doctor **LORENZO MONTUFAR RIVERA**



Ministro de Relaciones Exteriores en la segunda administración de don Juan Rafael Mora.

PADRES: Rafael Montúfar Coronado y María del Rosario Rivera y Maestre.

NACIO en la ciudad de Guatemala el 11 de marzo de 1823.

CASO en la ciudad de San José, Costa Rica, el 26 de enero de 1851 con María de Jesús Madrid Enriquez.

Razones políticas lo obligaron a venir a Costa Rica en 1850, y desde entonces este país fué su segunda patria, pues vivió unas veces aquí, y otras en Guatemala.

te historiador. De mérito indiscutible son todas sus obras, especialmente la "Reseña Histórica de Centro América". Apóstol de las ideas liberales en Centro América. En Costa Rica fué catedrático y Rector de la Universidad de Santo Tomás y también Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Asimismo, fué Ministro en los gobiernos de don Bruno Carranza y don Tomás Guardia.

En Guatemala fué Ministro en el gobierno del general Barrios, Candidato a la Presidencia de la República y Rector de la Universidad. Poco antes de morir se le declaró Benemérito de la Patria.

Murió en Guatemala el 21 de mayo de 1898.

Doctor **NAZARIO TOLEDO MURGA**



Ministro de Relaciones Exteriores en la segunda administración de don Juan Rafael Mora.

PADRES: Francisco José Alvarez de Toledo y Condesa de Murga.

NACIO en la ciudad de Guatemala a principios del siglo pasado.

CASO en Costa Rica con Rosa Mattey Gollonaga (Goyenaga)

Vino a Costa Rica en 1836 siendo el primer médico que se estableció definitivamente en nuestro país. En la Universidad de Santo Tomás sirvió cátedras de filosofía y medicina, y fué Rector de 1850 a 1859. Primer Protomédico de la República. Redactor del diario "El Costarricense". Diputado en varios periodos. Presidente del Congreso en 1838 y de la Asamblea Constituyente de 1846. Miembro del Consejo de Gobierno del Presidente Mora. Diplomático de Costa Rica en Guatemala y en el Perú. Después de la caída de Mora regresó a su país.

MURIO en Guatemala en diciembre de 1887.

Don **ADOLFO MARIE**

(No hemos podido conseguir su retrato)

Sub Secretario de Relaciones Exteriores en el segundo gobierno de don Juan Rafael Mora.

NACIO en Francia.

Vino a la República del Ecuador por el año 1838 y sirvió allí al gobierno del general Juan José Flores; cuando éste fué derrocado en 1845, Marie salió del Ecuador en compañía de Flores.

Parece ser que fué por el año 1848 en que llegó a nuestro país. El doctor Montúfar afirma que llegó con Flores, y dice que Marie "tenía conocimientos generales, había sido discípulo del célebre Antonio José de Irizarri, poseía con perfección la lengua castellana, escribía con habilidad y manejaba con maestría el estilo satírico-burlesco".

Aprovechó sus servicios el gobierno del doctor Castro, y luego del gobierno de don Juan Ra-

fael Mora. Durante esta última administración, fué director del periódico oficial y el redactor de muchos documentos públicos. Se dice también que fué el primer profesor de francés que tuvo la Universidad de Santo Tomás. Desempeñó en Guatemala una comisión diplomática que le encargó Mora. En 1855 realizó un viaje a Europa, regresando en los primeros meses del año siguiente. El citado señor Montúfar nos dice: "A su regreso, se hallaba el ejército de Costa Rica en marcha para Nicaragua. Marie, comprendiendo que sería útil a Mora en el campo de Batalla, y teniendo necesidad de darle informes acerca de su expedición a Europa, se puso en marcha y en el campamento fué nombrado Sub Secretario de Relaciones Exteriores".

MURIO en Liberia, víctima de la epidemia del cólera, el 4 de mayo de 1856.

Don **FELIX MATA**

(No hemos podido conseguir retrato)

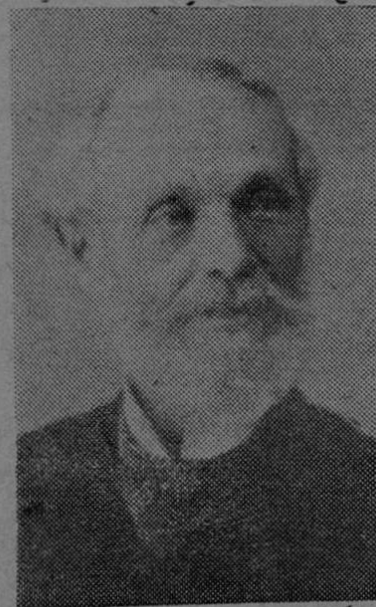
Sub Secretario de Hacienda y Guerra en la segunda administración de don Juan Rafael Mora. Estuvo encargado del Despacho de mayo a setiembre de 1856. Era nativo de Cartago. No tenemos ningún otro dato.

Don **EMILIO SEGURA**

(No hemos podido conseguir retrato)

Sirvió como Sub Secretario General en la primera parte de la Campaña Nacional y acompañó al ejército en Nicaragua. Fué colaborador del señor Marie; era de nacionalidad española. No tenemos otro dato.

Don **MARIANO MONTEALEGRE FERNANDEZ**



Miembro del Consejo de Gobierno del Presidente Mora.

PADRES: Mariano Montealegre Bustamante y Jerónima Fernández Chacón.

NACIO en San José.

CASO con Guadalupe Gallegos Sáenz.

En 1827 partió para Inglaterra a hacer sus estudios hasta graduarse de ingeniero; fué uno de los primeros diecisiete ingenieros civiles que hubo en Inglaterra. Amigo del inventor Robert Stephenson éste le encargó de dirigir la construcción del ferrocarril de Londres a Eversham, que fué el tercer ferrocarril que hubo en Inglaterra. Más tarde estuvo en Hungría como ingeniero director de minas.

En Costa Rica se dedicó principalmente a la agricultura. Fué miembro de la Junta Itineraria, y fué el fundador del Banco Anglo Costarricense.

La influencia política de la familia Montealegre terminó con la llegada del general Guardia al Poder. Los señores Montealegre fueron hostilizados tanto que tuvieron que emigrar, y aun se dice, que fueron desterrados por Guardia. Salieron todos de Costa Rica en abril de 1872. Don Mariano Montealegre, lo mismo que sus hermanos don Francisco y don José María —el expresidente— nunca volvieron a su patria.

MURIO en Londres a fines del siglo pasado.

Don **MANUEL MORA FERNANDEZ**

(No hemos podido conseguir retrato)

Miembro del Consejo de Gobierno del Presidente Mora.

PADRES: Mateo Mora Valverde y Lucía Encarnación Fernández Umaña.

NACIO en San José.

CASO con Eduviges Alvarado Velasco.

En 1832 era Alcalde 1º de San José. Presidente de la Corte Suprema de Justicia en 1842. Por muchos años fué magistrado, y lo era todavía en 1854.

Los antiguos partidarios de don Juan Rafael Mora quisieron postularlo como candidato a la presidencia de la República en 1863.

MURIO en San José.

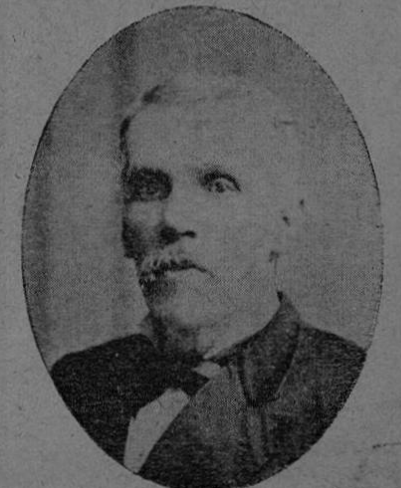
Don **RAFAEL RAMIREZ HIDALGO**



(sus datos personales serán consignados más adelante)

Miembro del Consejo de Gobierno del Presidente Mora

Licenciado **BRUNO CARRANZA RAMIREZ**



(sus datos personales serán consignados más adelante)

Miembro del Consejo de Gobierno del Presidente Mora.

Sigue en la **PAGINA SEIS**

TRANSITO ESPIRITUAL DE

por Carlos Fernández Sessarego

"Estará entre nosotros tu memoria como en los más hondos ríos la luz de las estrellas".

Juan Ríos Rey



O fué un día luminoso ni radiante sino de grises tonos indecisos y deprimentes aquel en que un amigo me indicara el paso próximo de una silueta menuda y nerviosa, de andar presto; perderíase entre el apurado transitar de las gentes el quebrantado físico de ese Caballero

TERCERA ADMINISTRACION DE DON JUAN RAFAEL MORA

Reelecto para el periodo de 1859 a 1865, inició don Juan Rafael Mora su tercera administración el 8 de mayo de 1859. Su gobierno fué muy breve, pues, el 14 de agosto de 1859, fué derrocado por un golpe militar.

Como Vice Presidente de la República para el periodo de 1859 a 1865 fué electo el general don Rafael García Escalante Nava.

Ministros en el 3er. gobierno de Mora

Don Joaquín Bernardo Calvo, Ministro de Gobernación.

Don José María Cañas, Ministro de Hacienda y Guerra; estuvo frente al Despacho hasta junio de 1859.

Don Salvador González Ramírez, Sub Secretario de Relaciones Exteriores, estuvo encargado del Despacho de julio a agosto de 1859.

Don Modesto Guevara, Sub Secretario de Hacienda y Guerra, estuvo encargado del Despacho de julio a agosto de 1859.

Don SALVADOR GONZALEZ RAMIREZ



(sus datos personales serán consignados más adelante)

Sub Secretario de Relaciones Exteriores en la tercera administración de don Juan Rafael Mora. Estuvo un tiempo encargado del Despacho.

Don MODESTO GUEVARA LAZCAREZ

(sus datos personales serán consignados más adelante, y en cuanto a su retrato, no se ha conseguido).

Sub Secretario de Hacienda y Guerra en la tercera administración de don Juan Rafael Mora. Estuvo un tiempo encargado del Despacho.

de Santiago que se llamó Carlos Pareja.

Es la única visión que de él conservo. Sólo le vi una vez, y me sentí su amigo, vecino de su rica heredad espiritual. Enorme simpatía y afecto, desde aquel fugaz contacto, despertó en mí su fino contorno físico delimitando intensas potencias espirituales. Por eso la noticia de su temprana desaparición —en medio de esperanzados amaneceres literarios— me produjo una sensación de pesar igual, tal vez, a la que experimentaron sus amigos más allegados. Fuí espectador del sentimiento de dolor que produjo su apresurado tránsito a la región de impensadas y definitivas constataciones, donde la muerte es vida sin horas y contemplación pura del primer principio. —¡Gozo inefable el de Pareja que vivió en el Verbo y conjugó sus enseñanzas!—. Comprobé emocionado lo bien que se le quizo, aún por hombres de distintas posiciones ante la vida. Se apreciaba en Pareja la terca nobleza de su espíritu, su amplitud que le permitía abrirse a todos los aires de la cultura y a la vez enraizarse —intransigente— en convicciones — muchas vigiliadas cargadas de angustia transcurrían para aceptarlas — que para él tenían valor eterno y soberanía universal. Sentí entonces tardíamente, la necesidad de dialogar con su espíritu que por fortuna quedaría temblando y viviendo en las páginas brillantes que engendró y en el reverente recuerdo de los que convivieron con él largas jornadas. Estas líneas podrían ser su pálido inicio.

He tenido entre mis manos, en la quieta tranquilidad de la noche, el primer tomo de su *Obra Completa* que la devota amistad de sus múltiples amigos ha hecho circular. Hoy terminé su revisión. Ha renacido la simpatía que despertó en mí su paso el día que aprecié sus dimensiones biológicas. Me he sentido un viejo camarada discutiendo interminables horas alrededor de una mesa de café, brindando su materialidad a la confianza y a la confrontación de hallazgos obtenidos en la diaria cacería de presas espirituales. Y entre el humo del cigarrillo que se consume lento, sorbiendo imágenes, apurando con delectación páginas —y páginas— me he soñado en una banca del aula en la que, desde la cátedra, Carlos Pareja penetraba en las intimidades espirituales del Petrarca. He descubierto en las líneas paralelas de su libro, algunas veces, idénticas convicciones, ideas por mí pensadas o sólo intuídas y en tránsito a su incorporación racional. Otras, divergencias que me han permitido obtener la necesaria perspectiva ideológica para apreciar con más claridad los marcados perfiles de su personalidad. Y me he imaginado asistir al discurso que pronunciara en su Universidad con ocasión de cumplirse un nuevo aniversario de la gesta colombina, y a aquel dicho en elogio de Pemán, el discutido español, cuando se acercó a nuestra Lima.

La muerte inexorable —a la que Pareja dedicó muchas meditaciones— truncó su vida cuando ingresaba con paso ya seguro y definitivo a la madurez productora. Pareja no terminó su obra. Ese golpe inesperado del Destino, que le privara a su generación

de uno de sus más caracterizados representantes, dejó en su haber páginas que lo delatan como uno de los estilistas más brillantes de los últimos años. A la perfección de la forma, a lo elegante y cautivador del estilo, unió un conjunto sistemático de ideas macizas y claras —expuestas con polémica energía— que le proporcionaron una espiritual visión del mundo. Aprisionó, en toda su amplitud, la misión del hombre sobre la tierra y supo por eso enrumbar su existencia tras metas seguras y vivir intensamente los contados años —él lo sabía— que tenía divisados con aproximada exactitud en el futuro que nunca lo amedrentó. Perteneció a la falange de los predestinados, de los llamados, dentro de su humana relatividad, a vocear la verdad. Conocía su misión intelectual perfectamente y nunca escatimó esfuerzos ni rogó energías para cumplirla. Se entregó totalmente, vitalmente. Por eso vivió espiritualmente satisfecho en medio de la constante insatisfacción que, por otro lado, le producía su afán infinito de saber, de conocer, su perenne inquietud por lo terreno. Por eso, también Carlos Pareja fué alegre en medio de su ascetismo, triunfal en su derrota física.

Equilibrio perfecto de forma y fondo le dieron una natural presencia clásica. Encontró siempre el adjetivo preciso para engalanar la idea, para redondearla, para hacerla llegar más fácilmente a su público. Ni la huérfana oscuridad del adjetivo ni la frialdad ósea de la idea fueron por él conocidas. Armonizó en conjunto admirable la embriaguez del color, la precisión y consistencia de la idea, la rotunda afirmación de la frase. Sólo una exquisita sensibilidad —como la que tuvo— pudo realizar el milagro de su estilo. Ella le permitió encontrar con facilidad la belleza, la Dulcinea más cara de sus sueños juveniles, y hacerla su eterna y silenciosa compañera en todas las empresas que emprendía blandiendo la espada incomparable de su verbo o de su estilo. Le fué siempre fiel: pruebas fehacientes hay de ello en las páginas de su obra y en los hechos de su vida.

Pareja no terminó su obra. Bastan las páginas que deja a la posteridad para consagrario. Bastan los generosos actos de su existencia para saber que fué el paladín de las causas nobles y de jerarquía espiritual. Intuímos lo mucho y brillante que pudo producir en los años serenos de su madurez biológica. Lo decimos con melancolía; con la melancolía que nos producen las obras truncas, las rosas tempranamente marchitas, la juventud segada por la inacabada sed de la parca. Los puntos suspensivos de Pareja no son una incógnita para quien lo conoció o para quien ha leído sus confesiones literarias. El ejemplo de Pareja se proyecta entre nosotros luminoso; su ansia gótica perdura; su alma de vitriol o jivo deslumbra en los días de sol y apuntala el espíritu en los días grises y brumosos; y nos sigue deleitando su voz hecha letra, su acento hecho frase. A veces pienso que el mundo se estaba haciendo pequeño para Pareja y es cuando creo en la amistad de la muerte, en el favor de la muerte.

Pareja se apartó de caminos trillados. Nació para ser brújula y no carabina. Su misión fue

orientadora, señaladora de derroteros. Transité por sendas diferentes a las que su ilustre ascendencia había marcado con hitos singulares. Nacido y educado "en el ambiente de cedro y polilla de una antigua biblioteca y del mejor archivo peruano del siglo —XIX—" —que perteneciera a don Mariano Felipe Paz Soldán— no se dejó arrastrar por el embrujo del dato inédito como su abuelo historiador. Tampoco lo cautivó el trazo geográfico de las cartas del abuelo Mateo ni se entregó totalmente al ejercicio de la jurisprudencia como el bisabuelo Rector de la Universidad. Carlos Pareja forjó su vida de acuerdo a los íntimos llamados de su espíritu, fué fiel a sus convicciones y por eso fué original. Trajo su mensaje —si bien eterno y universal— cargado de sus propios acentos. Su mensaje —mensaje de siglos— atravesó el tamiz de su personalidad inconfundible y fácil es percibir en él los matices peculiares de su espíritu. A esto hay que agregar una notable originalidad estética, un estilo personal.

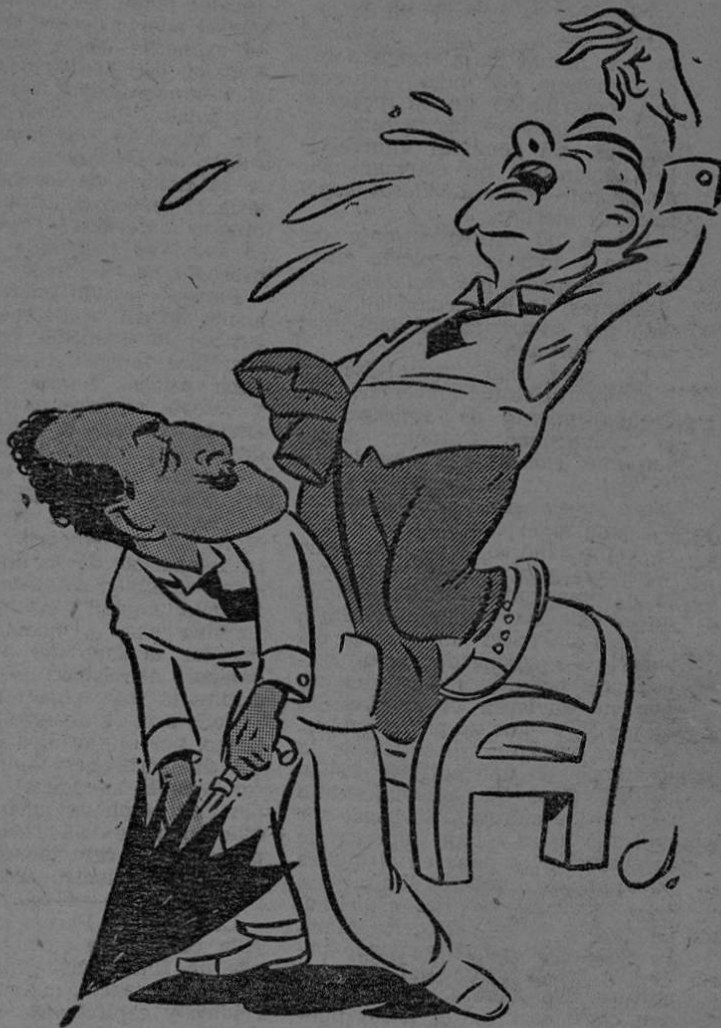
Si habría que citar un rasgo saltante en su personalidad tendríamos que mencionar su constante inquietud por todos los problemas del hombre y la correlativa tendencia humanista. Pareja fué por excelencia un preme inquieto, un interesado por todos los problemas de la cultura y de la Patria. Tenía una ansia incontentible de saber, de indagar y sobre todo de afirmar con calor —pero sin estrechos fanatismos— los resultados de su peregrinaje por los campos de la duda y la acongojada vigilia. Su espíritu estuvo siempre atento a las vibraciones estéticas más diversas, a todos los asuntos de la cultura prestó atención; y a ellos dedicó su vida por entero. Amó la belleza con insobornable pasión y sintió la vida como belleza; la encontró en todos los seres, en la Naturaleza, en las pequeñas cosas y en las causas que por su jerarquía llamamos nobles. No despreció nunca nada: a cada cosa, por humilde que fuere, le encontraba el lado bello. Por eso amaba "el verde claudicante de los cactus", el "verde lustrado de los trigales ondeantes", "los calladísimos monjes de Zúbarán", un recodo de su Lima, algún cuadro que le impresionó en El Prado. Sabedor de su corta estada en el coliseo humano bebía con fruición de belleza, absorbía el mundo de las formas. Tenía un sentido ecuménico de la cultura y por eso nunca se cerró en ningún círculo dogmático; amigo de la amplitud bebió de todas las fuentes y asimiló lo que convenía al mejor cumplimiento de su misión humana, desechando lo insignificante y vulgar, rebatiendo con honradez e hidalguía lo que no recordaba con su concepción del mundo. Habló el esperanto de la cultura y por eso se entendió con todos, aún con los de opuestas vertientes. Penetró con sencillez y agudeza por los campos infinitos del arte; extasiábase en la contemplación de las obras de los grandes maestros en los mejores museos de Europa, a donde llegó ganador de una beca; cuentan sus amigos que pasábase muchas horas absorto deambulando por las salas repletas de obras artísticas inquiriendo con sus ojos miopes catálogos y guías y embriagándose en la antología de forma y color del museo. Cultivó el cuento, la crítica literaria, la crónica, la poesía, el teatro, los clásicos.

CARLOS PAREJA

Anecdótico Nacional

CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



A política en Costa Rica ha sido siempre la misma en lo que respecta a la propaganda de plaza pública. Gentes especializadas en discursos populacheros que cuando ven asomarse la campaña política se le acercan al candidato de sus simpatías para ofrecerle sus servicios. También existe otro tipo de político y es el que acompaña al candidato en jira por los pueblos de la república, que no habla pero sí sabe pedir prebendas para los suyos y para sus amigos.

Se acercaba la campaña de 1904. Se colocaban fichas en el tablero político. Don Cleto González Viquez, candidato de peso, era el que más probabilidades de triunfo tenía según lo declaran gentes que participaron en ese torneo electoral. El Doctor don Ramón Zelaya,

gran amigo de don Cleto, orador de prestigios, y abogado de alto coturno, fué designado por el propio candidato para que levantara tribuna en el vecino pueblo de Guadalupe. Así lo hizo. Pronunció un domingo, a la salida de misa, subido en una de las bancas de la plaza pública, uno de sus más afortunados discursos. Cuando bajó de la tribuna, don J.Z.J., propagandista del otro partido, del Fernandismo, y figura de relieve en la política de aquel entonces, sube a la tribuna azul del Partido Republicano para replicarle al Doctor Zelaya su perorata, incendiaria contra don Máximo Fernández y su partido. Pero al notar el Doctor Zelaya Villegas que a don J.Z.J. se le llenaba la boca de saliva y ésta salía como sordido para ridiculizarlo hasta lograr desmoralizarlo, dijo:

—“SEÑORES: AHORA, TODOS A ABRIR SUS PARAGUAS!!...”

Una buena parte de la obra que nos llega está dedicada a desentrañar el problema tan debatido de la peruanidad. Y es que el Perú avanza con dificultad, penosamente, a su total integración. El Perú en la práctica, no es todavía una realidad aplastante, capaz de hacer obvia toda discusión sobre el perfil de la nacionalidad; situación diferente a la que ocurre en otros países de Ibero-América en los que los rasgos nacionales se dibujan nítidos claros, y son percibidos con facilidad por el más inculto de los ciudadanos; tal es el caso de Uruguay, Chile, del mestizo México.

La supervivencia de masas indígenas abandonadas y ausentes de

la idea nacional y del calendario histórico, la existencia de grupos cuyas mentes viven en constante fuga hacia el occidente, la pertinaz miopía, pasión —o mala intención— de teóricos defensores de un ideal prehistórico, la justa, violenta o petulante reacción de los exaltadores del aporte hispánico, la difícil y lenta integración geográfica y biológica, las varias resistencias a la síntesis jerárquica de valores culturales, han impedido cuajar definitivamente —en la realidad— la idea de Perú mestizo. Y a todo esto se debe lo prolongado y vivaz del debate teórico, que ha dividido a los estudiosos de la realidad peruana en los llamados indigenistas hispanistas y los partidarios de

Preocupóse de actualidad, Pareja no indagó por las singularidades a través de la peruanidad, sino por las corrientes frentísticas que se sintetizaban en el sedante de las preguntas. Fué un filósofo que se adhirió a una filosofía que en las inmensidades del mundo y del tiempo, su talento no responder a los problemas de la cultura y su exquisición que lo empujaba a la ocupación de un bien de nuestro tataro Raúl Porras, a esta vocación que ella fué su misión. Fué antes un gran viajero donde “halló su personalidad”. Suplía la carencia de recursos económicos y la intensidad

de las destacadadas y las destacaba con nitidez dentro de los rasgos importantes tratados; dábase cuenta, asimismo, de la crisis por la que se atraviesa como producto del destierro de aquellas. En el homenaje que se le tributara al poeta José Gálvez con motivo de su nombramiento como Embajador del Perú en Colombia, y en el que participó Pareja, se preocupó de hacer resaltar estas virtudes: “He contemplado, en infinitud de casos, su sistemático gesto de comprensión, virtud que está muriendo y que hay que restaurar”. Y refiriéndose a Jorge Guillermo Leguía, el Biógrafo, —en interesante estudio— decía: “Amaba la tolerancia y cultivaba la costumbre británica de separarse de los hombres por razones de ética y no de doctrina”. Esta frase puede aplicarse en toda su amplitud a Carlos Pareja. Hé ahí el secreto accesible de la amistad que despertaba Pareja. Hombres de posiciones doctrinarias contrarias, acampados en la orilla opuesta a su pensamiento, supieron apreciar esta cualidad de hombre selecto que poseía. Por eso fueron amigos suyos personajes de ideas antipodas y por eso el respeto general que despertaba su persona. Pareja al igual que Jorge Guillermo Leguía —ambos fugitivos presurosos de esta morada común— cultivó la costumbre británica de “separarse de los hombres por razones de ética y no de doctrina”. Ayer lamentaron su partida hombres de todos los sectores del pensamiento; hoy lo recuerdan, también, hombres de todas las latitudes de la idea. En los días que corren se hace más urgente que nunca renovar los esfuerzos de Pareja —imitarlo— y combatir con decisión la fanática intransigencia, la mezquina intolerancia sustentada por legión de hombres pignos y anti-cristianos, que hoy señorea en nuestra patria justamente cuando la juventud creía en el porvenir brillante que generación anterior le había prometido. Y es que valores eternos como el amor y la caridad van siendo pospuestos en la escala inmutable de los valores supremos. La civilización cristiana sostiene la lucha más feroz de su historia; hay enemigos en los dos frentes; se le ataca desde fuera por sus enemigos declarados, y lo que es peor, desde dentro por los malos cristianos que han soltado las bridas de su espíritu y se han echado a correr en frenética marcha tras los ejes del materialismo: el placer y el poder. Carlos Pareja, espíritu de becha, ha dejado abierto el camino hacia la restauración de la caridad y el amor, vale decir de la comprensión y la tolerancia. Por suerte hay gente que vibra al escuchar su mensaje: en ella está depositado el porvenir espiritual de la Patria.

Era un espíritu universalista; por eso convenía a esta posición anímica la concepción cristiana de la vida. Pareja buscó la verdad en agónicas batallas espirituales. Cuando la poseyó abrazó decididamente su causa y se hizo su gonfalonero, luchando siempre en primera fila con honrada altivez, con gozosa alegría, con humildad, con ascético desprendimiento. “Hermano de la verdad, no la supo amar sino de una sola manera, militante y enardecida...” ha dicho Raúl Ferrero resaltando merecidamente la polémica actitud de Pareja. Procla-

mó su sincera adhesión a los más altos valores del cristianismo, sistema en el que encontró la ansiada perfección que persiguen los mortales capaces de comprender el compromiso de la vida. Combatió por las más puras y prístinas esencias éticas, con la palabra calurosa y convencida y con el ejemplo convincente de su ascética y a la vez gozosa vida. Su afán universalista, ecuménico, no lo llevó al escepticismo liberalismo o al escepticismo eunuco sino que, al contrario, lo hizo desembocar en el cristianismo, sistema que le proporcionó amplia respuesta a la inquietante pregunta del cosmos. Puede decirse de él la frase que atribuyera a una personalidad de quien hizo su semblanza: “un tenaz beligerante de la verdad, una albarda de la Iglesia puesta siempre en línea de batalla”.

Supo vivir el cristianismo dentro de las líneas de su pureza nazarena; captó sus esencias y estableció claramente jerarquía. No se enredó en la intrascendente malla del rito puro —sin respaldo esencial— ni se contentó con cumplir los preceptos del culto exterior como muchas de nuestras gentes rotuladas cristianas. Supo distinguir lo primordial de lo secundario, o en otros términos, mantener el equilibrio —tan difícil— entre las manifestaciones de la religión.

A la frivolidad ambiente respondió con el ejemplo de una vida ascética dedicada al cultivo del espíritu en todas sus dimensiones. Pero su ascetismo no fué penitente ni agobiador —Pareja no conoció los cilicios— sino gozoso y triunfal. Siempre será una nave imposible para el hombre, decía, el consejo ambicioso de Disraeli: “La vida debe ser un cortejo espléndido y triunfal desde la adolescencia hasta la tumba”. Por su vida, “ascética como la de un seminarista”, —así la consideró Porras— será Pareja una perenne lanza incrustada en la despreocupada frivolidad de nuestros días.

Algunas personas me han asegurado que Pareja era un individuo desconcertante. Su aseveración se basa en la observación de rasgos contradictorios en su carácter. Lo que en realidad sucedía era que en Pareja se amalgamaban una serie de cualidades espirituales que en la mayoría de las personas se presentan aisladas y que son opuestas entre sí. Producíase en su personalidad una compleja armonía que difícilmente se presenta en otras individualidades. Estas cualidades opuestas se complementaban en él. Es por eso que Pareja era estoico y a la vez alegre, detentador de un fino humor; poseía siempre a su alcance una poderosa argumentación dialéctica, empleaba a menudo en sus discusiones una fría rigidez lógica, siendo por otro lado un individuo de exquisita sensibilidad, canchero de elegante retórica; Pareja era comprensivo, de una amplitud espiritual ejemplar, pero a la vez enardecido militante de la idea, afiliado intransigente a convicciones inquebrantables; amó a España, veneró el genio galo, pero nunca su mente estuvo en fuga sino que fué sedentaria del Perú, al cual escudriñó en su intimidad y en su paisaje. La mente de Pareja no era unitaria, no era primitivamente simple, sino compleja, pero —lo repetimos— con una complejidad en que los opuestos se complementaban armonio-

de actualidad, Pareja no indagó por las singularidades a través de la peruanidad, sino por las corrientes frentísticas que se sintetizaban en el sedante de las preguntas. Fué un filósofo que se adhirió a una filosofía que en las inmensidades del mundo y del tiempo, su talento no responder a los problemas de la cultura y su exquisición que lo empujaba a la ocupación de un bien de nuestro tataro Raúl Porras, a esta vocación que ella fué su misión. Fué antes un gran viajero donde “halló su personalidad”. Suplía la carencia de recursos económicos y la intensidad de las destacadadas y las destacaba con nitidez dentro de los rasgos importantes tratados; dábase cuenta, asimismo, de la crisis por la que se atraviesa como producto del destierro de aquellas. En el homenaje que se le tributara al poeta José Gálvez con motivo de su nombramiento como Embajador del Perú en Colombia, y en el que participó Pareja, se preocupó de hacer resaltar estas virtudes: “He contemplado, en infinitud de casos, su sistemático gesto de comprensión, virtud que está muriendo y que hay que restaurar”. Y refiriéndose a Jorge Guillermo Leguía, el Biógrafo, —en interesante estudio— decía: “Amaba la tolerancia y cultivaba la costumbre británica de separarse de los hombres por razones de ética y no de doctrina”. Esta frase puede aplicarse en toda su amplitud a Carlos Pareja. Hé ahí el secreto accesible de la amistad que despertaba Pareja. Hombres de posiciones doctrinarias contrarias, acampados en la orilla opuesta a su pensamiento, supieron apreciar esta cualidad de hombre selecto que poseía. Por eso fueron amigos suyos personajes de ideas antipodas y por eso el respeto general que despertaba su persona. Pareja al igual que Jorge Guillermo Leguía —ambos fugitivos presurosos de esta morada común— cultivó la costumbre británica de “separarse de los hombres por razones de ética y no de doctrina”. Ayer lamentaron su partida hombres de todos los sectores del pensamiento; hoy lo recuerdan, también, hombres de todas las latitudes de la idea. En los días que corren se hace más urgente que nunca renovar los esfuerzos de Pareja —imitarlo— y combatir con decisión la fanática intransigencia, la mezquina intolerancia sustentada por legión de hombres pignos y anti-cristianos, que hoy señorea en nuestra patria justamente cuando la juventud creía en el porvenir brillante que generación anterior le había prometido. Y es que valores eternos como el amor y la caridad van siendo pospuestos en la escala inmutable de los valores supremos. La civilización cristiana sostiene la lucha más feroz de su historia; hay enemigos en los dos frentes; se le ataca desde fuera por sus enemigos declarados, y lo que es peor, desde dentro por los malos cristianos que han soltado las bridas de su espíritu y se han echado a correr en frenética marcha tras los ejes del materialismo: el placer y el poder. Carlos Pareja, espíritu de becha, ha dejado abierto el camino hacia la restauración de la caridad y el amor, vale decir de la comprensión y la tolerancia. Por suerte hay gente que vibra al escuchar su mensaje: en ella está depositado el porvenir espiritual de la Patria.

Estos documentos son propiedad de la Biblioteca Nacional “Miguel Obregón Lizano” del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tesis mestiza de la síntesis jerárquica de valores. Lo sincero y medurado de estos trabajos —libres de toda exageración y de todo ensueño poético— contribuye eficazmente a esclarecer las esencias de la peruanidad; es así que estas corrientes junto al lado desintegrador y negativo traen elementos positivos y útiles. Es loable, dentro de este marco de justicia y mesura, el afán indigenista por llamar la atención sobre el abandono del indio —al cual han contribuido en la práctica ellos mismos— y las virtudes de la raza, así como el interés de los hispanistas por salvaguardar de funesto embate valores superiores y eternos.

Pareja no estuvo ausente del debate y tomó su posición entre los preocupados por esclarecer los elementos de la peruanidad, movido por su tradicional inquietud por lo peruano.

Es sobre todo en su discurso conmemorativo del aniversario del Descubrimiento de América, en la Universidad Católica, donde con más exactitud y abundancia se define su pensamiento sobre estos apasionantes problemas.

Tomando el concepto de cultura como laboreo del alma, como supremas adquisiciones del espíritu, como consciente y porfiada lucha por su mejora concluye, después de hacer un análisis del Incario —"sojuzgada yuxtaposición de primitivas agrupaciones que no tuvieron el sentimiento de patria"— que no puede hablarse con exactitud filosófica de la existencia de una cultura prehispánica. Creó que el majestuoso término de cultura sólo puede ser aplicado a un estado superior de la evolución humana en el que se cumplan los requisitos limitativos, de consciente laboreo espiritual con miras a un perfeccionamiento ideal, que hemos señalado para la comprensión del término cultura. No admite que se puedan considerar cultos a los pueblos cuya producción se limita a la de utensilios, que viven en chozas cuyo fin es la comodidad y el bienestar. Extráñase por eso que un distinguido científico de la talla del Doctor Julio C. Tello pudiese hablar de cultura preamazónica, "cuando a casi todos nos consta el salvajismo actual de nuestros grandes bosques". Pareja concebía la cultura en un sentido restringido, aplicable sólo a las sociedades que hubieran alcanzado un superior desarrollo espiritual. "Por eso todo aquello que en los estudios iniciales de los grupos humanos no fué sino utilización pragmática de la tierra y de sus frutos, comodidad sin intención espiritual, transformación utilitaria orientada a servir y no a subyugar nuestra animalidad, aprovechamiento interesado del mundo circundante, todo eso puede ser llamado avance técnico, progreso práctico, evolución material, forma civilizada de vida, pero de ningún modo cultura, porque la conveniencia y no la ética era la estrella que guiaba la marcha de la existencia".

No se afilia a la tesis paternalista del Imperio Incaico sostenida por algunos cronistas e historiadores sino que sostiene, por el contrario, que la historia del incario es la historia "del indomable progreso de sus armas y del aumento señorial de sus tributos, historia de sangre derramada y de sudor recibido, historia de un bravo despotismo".

Hace resaltar, en armoniosa y elegante prosa, el aporte occidental a nuestra cultura. Habiendo negado, desde su punto de vista, la existencia de una verdadera cultura pre-hispánica no admite la teoría de la fusión de culturas como origen de la peruanidad.

si solo uno de los protagonistas es su poseedor no podría haber, sostiene, sino recepción dócil o indócil de los valores cristianos y europeos. "asimilación tardía o pronta del óptimo don ultramarino".

Fustiga con rudeza a los indigenistas que pretenden presentar una imagen falsificada del Imperio Incaico y que se obstinan en negar el aporte occidental. Los que se exoneran de la admiración a España, escribe Pareja, están seriamente enfermos del corazón o del juicio, "son como el hombre sin grandeza que aquilatase el fulgor de las ascuas, pero negase la lumbre de los astros". Invoca el perdón de España —a las ofensas inferidas— "por lo que se tiene de homenaje la castiza prosodia de su afrenta".

Pareja es rudo en la crítica y acalorado en la defensa. Por su actitud de reacción frente a la corriente indigenista déjase conducir por su fervor de cruzado y comete algunas exageraciones. Olvida fustigar a aquellos otros desintegradores de la síntesis peruana que no aceptan, en su constante fuga, la mestiza realidad de nuestra patria. No enumera el legado del Imperio Incaico a la formación de la nacionalidad —que también lo hace Belaúnde en "Peruanidad"— y que hubiera sido justo y necesario hacer resaltar al lado del aporte hispánico. Asimismo no toma en cuenta la influencia telúrica.

Todo esto es explicable, sin embargo, por el carácter y finalidad del discurso, encaminado a exaltar todo lo sustancial que transportaron a playas americanas, un 12 de octubre de 1492, bajeles hispánicos en atrevido desafío al misterio medioeval del mar.

La obra de Pareja es variada. Ella comprende cuentos y crónicas de fina espiritualidad y exquisita elegancia, artículos de periódico y capítulos de novela que demuestran originalidad estética y

personalidad literaria vigorosa. Súmanse ensayos sobre temas peruanos e hispanos, donde se pone de manifiesto a la vez que la incomparable musicalidad de su estilo, la claridad de sus concepciones y la agudeza de sus juicios; notas sobre libros y autores, producto de su inquietud e interés por la producción cultural del momento. Una tesis de bachiller en Derecho sobre la "Historia del Concordato inexistente entre el Perú y la Santa Sede", y un Diario de Viaje por Europa, aún inéditos, completan el panorama de su obra escrita.

La actividad de sus pocos años de vida completóse con el dictado de una cátedra de Literatura Universal en la Universidad Católica —donde debe haber quedado alguna alrosa frase suya sobre el Petrarca o el Dante, flotando en el aire sutil— del aula —y perfeccionóse en el viaje por países europeos que con sus repletos museos, sus universidades centenarias, sus hombres, sus academias, despejaron la perenne interrogante cultural de Pareja. Esmeróse en el dictado de su cátedra a la cual prestó dedicada atención; sus clases sucedían envueltas por la savia de las ideas y el precioso ropaje de las formas; estudioso, incansable lector, preparaba sus lecciones con seria honradez intelectual y con clara consciencia de la responsabilidad del maestro. Enemigo de la vacua improvisación seguía el consejo de Unamuno de sólo emplear este recurso en el caso de temas largamente pensados.

Hombre de principios, de posición definida, consideró que su participación en la política militante y cotidiana estaba demás. Creyó, sin embargo, que en los momentos álgidos y decisivos era imprescindible y moralmente obligatorio aportar el generoso contingente de sus esfuerzos y sus desvelos. Amigo entrañable de lo perdurable y trascendente consideraba a la política episódica co-

mo lo más mediocre de los pueblos.

Pareja fué sobre todo un vigoroso y original estilista. Maestro de la adjetivación poseía una fluidez pasmosa; encontraba con rara facilidad el adjetivo preciso dentro de las ricas arcas del lenguaje, lo manejaba con destreza contribuyendo a la vez a la musicalidad y a la robustez de la frase. Unía a la elegancia de los periodos una exultante vitalidad. Encontró siempre franco el camino de la renovación estética. Gozábale en la sonoridad armónica de las frases, "abandonábase a todas las sensualidades del color y la acrobacia verbal". Con Pareja, lo ha dicho Townsend Escurra, se fué la promesa del estilista más firme entre los hombres de su generación.

Su humano esfuerzo, se dice en la Presentación de su Obra Completa, "tiene la majestad melancólica de las obras tronchadas a poco de nacer, aquel erguimiento de las estatuas cuyos brazos o cuya cabeza es solamente una dulce hipótesis y que no obstante veneramos con obstinación".

No tuvo tiempo Pareja para detenerse a pensar en el hombre de carne y hueso sufriendo en cada recodo del camino, no sólo de males del espíritu sino de ayunos materiales, que no pocas veces en almas no muy robustas engendran los primeros. En su agitado transitar por el mundo de la cultura, abrasado por la voraz sed de perfección, espiritual, no tuvo tiempo Carlos Pareja para penetrar en la intimidad de casas proletarias y descender de su mundo al mundillo sencillo del que olvidado golpea con terrible monotonía —todos los días de su vida— el yunque, que no siempre proporciona el sustento familiar. Te acercaste poco a ellos, a nuestros hermanos abandonados a su mala suerte, Carlos Pareja. Estuviste ocupado en elaborar las ideas y las figuras que nos legaste, en darnos ejemplos de vigor y de constancia, de honradez intelectual. Enfocaste directamente los problemas del espíritu por el espíritu, sin pensar en los cuerpos que sufren y se distraen en tal desdicha olvidando las recónditas necesidades del espíritu. Perdiste a ratos el contacto con los materiales con que Dios quiso crear al hombre, y con los cuales y pese a los cuales tiene el hombre que salvarse; olvidaste, tal vez, que la justicia que amabas se reviste de barro, de lágrimas y hambres, se encarna y se realiza y se deja de realizar acá en la tierra, donde nos vamos a salvar con ella y con la caridad y con el amor. Yo sé que meditaste en la justicia y que la realizaste en cada acto de tu vida, pero no la pusiste, seguramente, en función de la comunidad.

Quizá por esto —en la crítica que haces a la tesis de Benvenuto— inquieres por los libros que han escrito los marxistas de tu generación y olvidas la desis de humana generosidad que puede moverlos en su acción. ¿Y nos preguntas a nosotros por nuestras obras de caridad?

Hoy no queremos permanecer eternamente en los libros, gozando con ellos. Pensamos librar la batalla en la vida comunitaria de todos los días donde no faltan los libros pero donde no son todos los libros. Soñamos con un humanismo integral. Y tu nos ayudas con tu ejemplo de asceta —uno nos opuntuju 'opropstua

dad, comprendiendo con amor... —Aquí interrumpimos nuestro diálogo. Nos hemos quedado en suspenso, mirándonos. Carlos Pareja está en silencio; detrás de sus grandes lentillas, mirando al profundo hontan



Conserve su cutis fresco,
joven y fragante con
POLVOS

Ramillete de Novia



Dana

HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA ³⁵ (10)

por Rafael Obregón Loria

Primera administración de don Juan Rafael Mora



El señor Mora fué nombrado Vice Presidente de la República el 16 de noviembre de 1849, o sea, el mismo día que el Congreso le aceptó la renuncia

al doctor Castro; Mora tomó posesión del Poder el 26 de noviembre siguiente.

El 21 de diciembre se le eligió Presidente de la República, asumiendo ese cargo el 30 de diciembre. Este período debía terminar el 8 de mayo de 1853.

Durante su primera administración, Mora entregó el Poder el 5 de marzo de 1850 al Vice Presidente Oreamuno, pero el 22 de marzo, éste se lo entregó al diputado don Miguel Mora Porras, por tener que atender negocios particulares urgentes. El Presidente Mora reasumió el mando el 6 de abril.

Nuevamente entregó el Poder al Vice Presidente Oreamuno el 14 de abril al 2 de mayo de 1851.

Vice Presidente durante esta Administración

El 6 de enero de 1850 se había convocado para elegir Vice Presidente de la República; realizadas las elecciones resultó que no hubo mayoría, y por lo tanto el Congreso nombró el 29 de enero de 1850 a don Francisco María Oreamuno Bonilla como Vice Presidente; éste tomó posesión de su cargo el 3 de febrero de 1850.

Ministros de esta Administración

Don Joaquín Bernardo Calvo, Ministro de Gobernación.

Don Manuel José Carazo Bonilla, Ministro de Hacienda y Guerra, desde el 10 de junio de 1850.

Hechos importantes durante la 1ª administración de Mora

Se dispone que el Poder Judi-

cial se llamará en lo sucesivo Corte Suprema de Justicia y estará integrado por cinco magistrados electos popularmente uno por cada Provincia.

Se acuerda que los Jefes Políticos deben ser a la vez Inspectores de Escuela primarias.

Se reglamenta el alumbrado y serenos de la ciudad de San José; el alumbrado era con faroles.

Concédense gracias a las personas que quieran dedicarse al cultivo del cacao.

Se reglamenta la destilación de licores del país y se crea el monopolio por parte del gobierno.

Se celebran tratados con España, Estados Unidos, Perú y Países Bajos.

Segregase el distrito de Esparta de la gobernación de Alajuela y agrégase a la de Puntarenas.

Disuelve el Congreso Nacional. Decreto de 30 de enero de 1852 llamado Decreto de Frankfort de las Pavas.

Se dispone la construcción de un Hospital y un faro en Puntarenas.

Concédese pensión vitalicia de sesenta pesos al Ministro de Gobernación don Joaquín Bernardo Calvo y reconoce sus importantes servicios.

Se firma un contrato con el Barón de Bulow, representante de la Compañía de Colonización de Berlín.

Se dispone que se lleve a efecto el decreto de 3 de julio de 1845 que crea el Hospital de San Juan de Dios.

Se aprueba el Concordato con la Santa Sede.

Se crea la diócesis.

Se construye un teatro con fondos municipales.

Se habilita para el comercio el puerto de Limón.

Sueldos: el Presidente de la República, 250 pesos mensuales; el Vice Presidente, 150; los Ministros, 160; el gobernador de San José, 100. Los diputados, 3 pesos por dieta si eran de la capital, y

4 pesos, los de Provincia. El Presidente de la Corte Suprema 100 pesos mensuales y los Magistrados, 90.

Don JUAN RAFAEL MORA PORRAS



PADRES; Camilo Mora Alvarado y Ana Benita Porras Ulloa. NACIO en San José el 8 de febrero de 1814.

CASO en San José el 24 de junio de 1847 con Inés Aguilar Castro.

Se dedicó con muy buena fortuna al comercio y fué importante exportador de café. Intervino activamente en nuestra política. Durante la primera administración del doctor Castro fué Vice Presidente de la República y Presidente del Congreso.

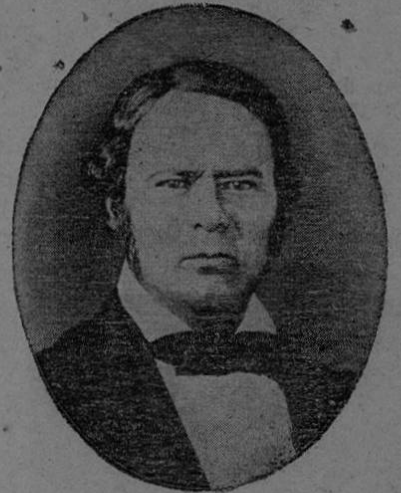
Electo Presidente de la República en 1849 fué reelecto en 1853 y en 1859. Durante su segunda administración tuvo lugar la Campaña Nacional contra los Filibusteros, y entonces su figura se creció.

Apenas se encontraba comenzando su tercera administración cuando fué derrocado por un golpe militar el 14 de agosto de 1859.

En setiembre de 1860, y con el propósito de recuperar el Poder, vino a Costa Rica y se hizo fuerte en Puntarenas, donde lo esperaban amigos suyos que habían declarado la insurrección a su favor. Las tropas del gobierno dominaron la situación y, en un gesto muy digno, Mora se entregó con la condición de que sólo él sería fusilado ante la promesa de que la vida de sus amigos sería respetada.

MURIO fusilado en Puntarenas el 30 de setiembre de 1860.

Don FRANCISCO MARIA OREAMUNO BONILLA



(Sus datos personales fueron consignados anteriormente)

En calidad de Vice Presidente de la República suplió al Presidente Mora:

del 5 al 22 de marzo de 1850; y del 14 de abril al 2 de mayo de 1851.

Durante la segunda administración de Mora, lo suplió: del 14 de abril al 19 de mayo de 1854;

que es la gracia de Dios, la felicidad eterna. A usted le enteramos con este papelito sobre la barriga, y por el correo de la sepultura esta letra llega a poder de su alma de usted, que se presenta a cobrar ante San Pedro, es decir, a recibir el cacho de gloria, a la vista, que le corresponda, sin necesidad de antelas ni plazos ni fechas de purgatorio...

Y en efecto; siguió don Fermín soñando que se había muerto, y que sobre la barriga le habían puesto, como una recomendación o como uno de aquellos viáticos en moneda y comestible que usaban los paganos para enterrar a sus muertos, le habían puesto la letra a la vista que su alma había de cobrar en el cielo.

Y después él ya no era él, sino su alma, que con gran frescura se presentaba en la portería de San Pedro, que además de portaría era un Banco, a cobrar la letra de don Mamerto.

Pero fué el caso que el Apóstol, arrugado el entrecejo, leyó y releyó el documento, le dió mil vueltas, y, por fin, sin mirar al portador, dijo malhumorado:

—¡Ni pago ni acepto!
El alma de Zaldúa hizo ni más ni menos lo que su propietario, don Fermín, hubiera hecho en la tierra en situación semejante. No gastó el tiempo en palabras vanas, sino que inmediatamente se fué a buscar un notario, y antes de ir —preguntó Zaldúa, cabiz-

te se extendió el correspondiente protesto, con todos los requisitos de las seccion octava, del título décimo del libro segundo del Código de Comercio vigente, y don Fermín, su alma, dejó copia de tal protesto, en papel común al príncipe de los apóstoles.

Y el cuerpo miserable del avaro, del capitalista devoto, ya encantado por los gusanos, se encontró en su sepultura con un papel sobre la barriga; pero un papel de más bulto y de otra forma que la letra de cambio que él había mandado al cielo.

Era el protesto.
Todo lo que había sacado en limpio de sus afanes por el otro negocio.

Ni siquiera le quedaba el consuelo de presentarse en juicio a exigir del librador, del pícaro don Mamerto, los gastos del protesto ni las demás responsabilidades, porque la sepultura estaba cerrada a cal y canto y además los pies los tenía ya hechos polvo.

— IV —

Cuando despertó don Fermín vió a la cabecera de su cama al maestrescuola, que le sonreía complaciente y aguardaba su despertar para recordarle la promesa de pagar toda la obra de fábrica de una nueva y costosísima institución piadosa.

—Dígame usted, amigo don Mamerto, ¿cómo es el San Pedro que no había aceptado la letra? —preguntó don Fermín. —Debe creerse en

sueños que parecen providenciales, nuestra sacrosanta religión y nos dan una gran lección moral y sano aviso para la conducta futura?

—¡Y cómo si debe creerse! — se apresuró a contestar el canónigo, que en un instante hizo su composición de lugar, pero trocando los frenos y equivocándose de medio a medio, a pesar de que era tan listo.—Hasta el pagano Homero el gran poeta, ha dicho que los sueños viene de Júpiter. Para el cristiano vienen del único Dios verdadero. En la Biblia tiene usted ejemplos respetables del gran valor de los sueños. Ve usted primero a Josef interpretando los que están compuestos con imágenes que pertenecen a las cosas de sueños de Faraón, y más adelante a Daniel explicándole a Nabucodonosor...

—Pues este Nabucodonosor que tiene usted delante, mi señor don Mamerto, no necesita que nadie le explique lo que ha soñado, que harlo lo entiende. Y como yo me entiendo, a usted sólo le importa saber que en adelante pueden usted y todo el cabildo, y cuantos hombres se visten por la cabeza, contar con mi amistad... pero no con mi bolsa. Hoy no se fía aquí; mañana tampoco.

Pidió don Mamerto explicaciones, y a fuerza de mucho rogar logró que don Fermín le contase el sueño del protesto.

Quiso el maestrescuola tomarlo a risa; pero al ver la seriedad del otro, que ponía toda la fuerza de

su fe supersticiosa en atenerse a la lección del protesto, quemó el canónigo su último cartucho diciendo:

—El sueño de usted es falso, es satánico, y lo pruebo probando que es inverosímil. Primeramente, niego que haya podido hacerse en el cielo un protesto... porque es evidente que en el cielo no hay escribanos. Además, en el cielo no puede cumplirse con el requisito de extender el protesto antes de la puesta del sol del día siguiente... porque en el cielo no hay noche ni día, ni el sol se pone, por que todo es sol, y luz, y gloria, en aquellas regiones.

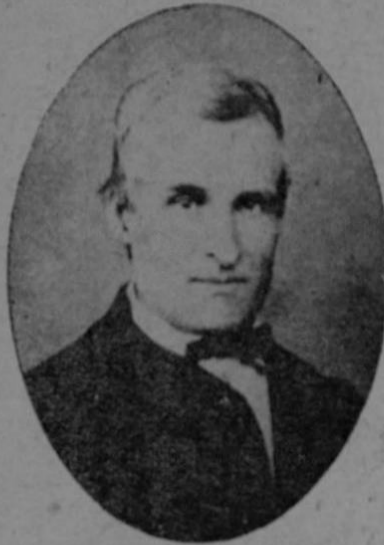
Y como don Fermín insistiera en su superchería, moviendo a un lado y a otro la cabeza, don Mamerto, irritado y echándolo a rodar todo, exclamó:

—Y por último... niego... el portador. No es posible que su alma de usted se presentara a cobrar la letra... ¡porque los usuarios no tienen alma!

—Tal creo —dijo don Fermín, sonriendo muy contento y algo socarrón—; y como no la tenemos, mal podemos perderla. Por eso, si viviera el cura aquel de mi parroquia le demostraría que yo no puedo perder nada. Ni siquiera he perdido el dinero que he empleado en cosas devotas, porque la fama de santo ayuda al crédito. Pero como ya he gastado bastante en anuncios, ni pago esa obra de fábrica... ni aprendo la oración de San Antonio.

y del 8 de marzo al 11 de mayo de 1856.

Don MIGUEL MORA PORRAS*



(sus datos personales fueron consignados anteriormente)

Como diputado suplió al Presidente Mora del 22 de marzo al 6 de abril de 1850.

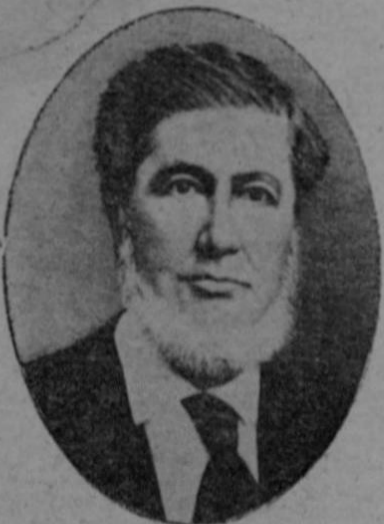
Don JOAQUIN BERNARDO CALVO ROSALES



(sus datos personales fueron consignados anteriormente)

Ministro de Gobernación en los tres gobiernos de don Juan Rafael Mora.

Don MANUEL JOSE CARAZO BONILLA



(sus datos personales fueron consignados anteriormente)

Ministro de Hacienda y Guerra del Presidente Mora, del 10 de junio de 1850 hasta mayo 20, de 1856.

El señor Carazo renunció el Ministerio cuando se encontraba el país azotado por la epidemia

del cólera y muchos hacían críticas al Presidente Mora por haber metido a los costarricenses en una guerra. El historiador Montúfar dice al respecto: "El señor Manuel J. Carazo creyó conveniente retirarse del Ministerio, alegando motivos de salud, y se encargó la Cartera al Sub Secretario de Hacienda don Félix Mata. La retirada de Carazo fue muy trascendental. Nadie creyó que él se apartaba del mando por ningún motivo de salud. Todas las personas que podían juzgar en el asunto, opinaban que el señor Carazo no quería permanecer al lado de Mora porque la situación en aquellos momentos era tan poco favorable, que se esperaba una manifestación contra el Gobierno. Mora comprendió que en aquellos instantes era un mal para él la separación de Carazo; se empeñó en evitarla y no pudo obtenerlo".

SEGUNDA ADMINISTRACION DE MORA

Don Juan Rafael Mora fue reelecto el 2 de mayo de 1853, e inició su segundo periodo el 8 de mayo siguiente.

Durante esta segunda administración se apartó del mando temporalmente, del 14 de abril al 1º de mayo de 1854, y del 8 de marzo al 11 de mayo de 1856, supliéndolo en ambas ocasiones el Vice Presidente Oreamuno.

El Vice Presidente García Escalante lo suplió del 17 de abril al 30 de junio de 1858, y del 13 de abril al 4 de mayo de 1859.

Vice Presidentes durante la segunda administración de Mora

Don Francisco María Oreamuno Bonilla, hasta el 23 de mayo de 1856, en que falleció, víctima del cólera.

Don Vicente Aguilar Cubero, electo popularmente el 16 de setiembre de 1856; renunció, y el Congreso aceptó su renuncia el 22 de octubre siguiente. Don Rafael García Escalante, electo popularmente el 22 de octubre de 1857; tomó posesión el 25 de octubre de 1857.

Es curioso observar que después de la renuncia del señor Aguilar, transcurrió un año antes de nombrar nuevo Vice Presidente.

Ministros en el segundo gobierno de Mora

Don Joaquin Bernardo Calvo, Ministro de Gobernación (Estuvo encargado del Despacho de Hacienda y Guerra de noviembre de 1857 a febrero de 1858, y de setiembre a octubre de 1858).

Don Manuel José Carazo Bonilla, Ministro de Hacienda y Guerra, hasta mayo de 1856.

Don Rafael García Escalante Nava, Ministro de Hacienda y Guerra de setiembre de 1856 a octubre de 1857.

Don José María Cañas, Ministro de Hacienda y Guerra, desde febrero de 1858.

Don Lorenzo Montúfar Rivera, Ministro de Relaciones Exteriores de mayo de 1857 a abril de 1858.

Don Nazario Toledo Murga, Ministro de Relaciones Exteriores, desde abril de 1858.

Don Adolfo Marie, Sub Secretario de Relaciones Exteriores de marzo a mayo de 1856.

Don Félix Mata, Sub Secretario de Hacienda y Guerra, estuvo encargado del Despacho de mayo a setiembre de 1856.

Don Emilio Segura, Sub Secretario General durante la primera parte de la Campaña Nacional.

Consejo de Gobierno

Para auxiliar al Poder Ejecutivo a resolver las dificultades que

se presentasen en materia de administración y al mejor servicio de la República, el Presidente Mora creó —2 de julio de 1856— un Consejo de Gobierno integrado por los siguientes ciudadanos: Vicente Aguilar Cubero, Mariano Montealegre Fernández, Manuel Mora Fernández, Nazario Toledo Murga, Rafael Ramírez Hidalgo, Rafael García Escalante Nava y Bruno Carranza Ramírez.

Hechos importantes durante la segunda administración de Mora

Queda totalmente suprimida la contribución llamada de los diezmos; de acuerdo con el Concordato el gobierno dará al Obispado diez mil pesos anuales en vez de esa contribución.

Se aumenta la pensión de don Juan Mora Fernández a 100 pesos mensuales.

Se sustituye el nombre de la Provincia de Guanacaste por el de Moravia, y a su villa cabecera se le llamará Liberia.

Se crea un Consejo de Gobierno.

Se fijan los límites de la Comarca de Puntarenas.

Se dispone que todos los costarricenses varones —de 18 a 50 años de edad—, deben contribuir con dos días de trabajo.

TIENE LUGAR LA CAMPAÑA NACIONAL CONTRA LOS FILIBUSTEROS.

Se celebran tratados con Nueva Granada, Chile y Bélgica.

Se dispone que sólo en las capitales de Provincia haya municipalidades y que en las villas y pueblos donde antes había, no haya más que un Jefe Político de nombramiento del gobierno.

Construye don Ricardo Farrer un ferrocarril de Barranca a Puntarenas.

Se emite un Reglamento General de Hacienda Pública.

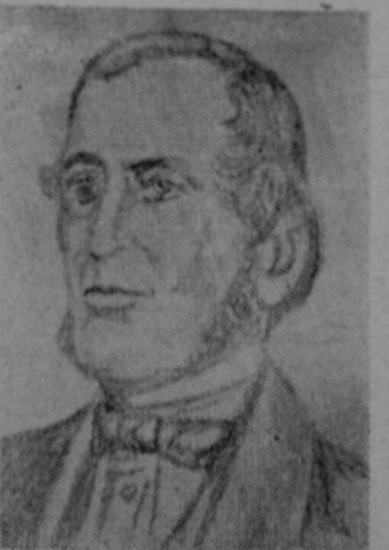
Se firma el Tratado Cañas-Jerez que fija los límites entre Nicaragua y Costa Rica.

Se aprueban las anotaciones hechas al Código General de la República por don Rafael Ramírez, comisionado al efecto por el gobierno.

Se celebra contrato con don Crisanto Medina para la fundación de un Banco.

Se da el título de ciudad a Puntarenas.

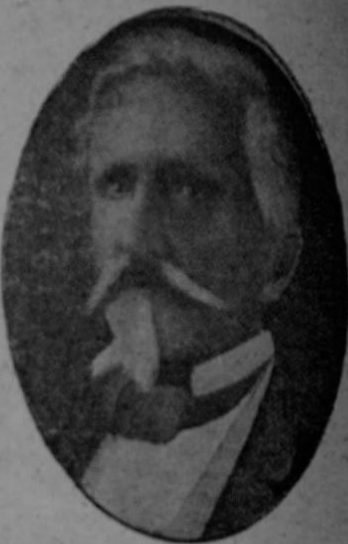
Don VICENTE AGUILAR CUBERO



(sus datos personales serán consignados más adelante)

Electo popularmente Vice Presidente de la República el 16 de setiembre de 1856; renunció en

General RAFAEL GARCIA ESCALANTE NAVA



En calidad de Vice Presidente se hizo cargo del Poder del 17 de abril al 30 de junio de 1858, y del 13 de abril al 4 de mayo de 1859, con motivo de viajes oficiales del Presidente Mora a Nicaragua.

PADRES: Manuel García Escalante y Manuela de Nava.

NACIO en Cartago

CASO con Mercedes del Castillo.

Se distinguió junto con su padre y sus hermanos por sus ideas firmemente republicanas en la época de nuestra independencia.

En 1826 era Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda, pero en el mes de abril de ese año se le nombró jefe de los soldados costarricenses que formaron el primer contingente de nuestro país en el ejército federal, distinguiéndose en varios combates, razón por la cual don Manuel José Arce, Presidente de Centro América, le otorgó en 1827 el grado de coronel.

En la guerra civil de 1835 mandó las tropas que vencieron a los revoltosos de Heredia y Alajuela. Entonces era muy amigo del Jefe del Estado don Braulio Carrillo. En 1836, era Senador, y en 1839, Ministro General de Carrillo.

Poco después, en febrero de 1840, salía desterrado perpetuamente del país, junto con sus hermanos, por haber conspirado contra Carrillo. Vivió entonces en Lima, en casa de su hermana, y allí, fué uno de los que tramaron la caída de Carrillo y la invasión de Morazán a Costa Rica.

En los años posteriores colaboró activamente en la política.

HISTORIA DEL ALFABETO

En Londres se inauguró en el mes de octubre una exposición muy curiosa, dedicada a mostrar objetivamente la historia de la evolución del alfabeto desde la antigua grafía en tabletas de barro cocido hasta la moderna escritura artificial, como el Braille y el alfabeto fonético. Entre las muestras más llamativas de esta exposición se encuentran algunas inscripciones primitivas o rígidales, entre ellas la inscripción de la Columna de Trajano, en Roma, el primer modelo de un abecedario para niños, fotografías, carteles murales y mapas con la descripción gráfica de la evolución de la escritura en el mundo desde hace 2.000 años hasta nuestros días. Uno de los principales temas desarrollados en esos gráficos es la influencia de la religión en la difusión de las diferentes clases de alfabeto.

★ CARTAS FEMENINAS ★

VEINTE. — ¡CUANDO SUENEN LAS CAMPANAS...

Obra analizada: **ELEGIA INMOVIL**
de Alberto F. Cañas (1946)

Mi bondadoso y paciente señor Director:

El libro *Elegía inmóvil* de Alberto F. Cañas sugiere multitud de sentimientos y de pensamientos. La forma es de una perfecta claridad si llamamos clásica la persistencia no buscada de una severa arquitectura en la que encontramos una sencilla simplicidad de profundo encanto.

Si en la forma hay manifestaciones clásicas, en el fondo apreciamos una tendencia espiritual romántica.

Son, los de este volumen breve, poemas de noble abolengo. Acá, una letrilla graciosamente fácil; hay en ella fluidez contagiosa. En caprichosos versos de seis sílabas, juguetones y entusiastas, se recuerda la boca de flores de la amada; los labios suyos que fascinan como la marea; la blanca ironía con la que la luna siempre curiosa, escucha las promesas, bagaje inevitable de los enamorados. Duele el corazón cuando escuchamos el ingrato estribillo: ¡sin embargo, me fui y no volví!

Tres romances aparecen iniciando el brillante cortejo rítmico. En los octosílabos de embrujado movimiento se impone la blancura en la caja tranquila — ¡qué simpático epíteto, tan sabiamente escogido! — en la que duerme sus sueños de blancura virginal la niña muerta. Blanca la neblina; la lluvia blanca, delgada y sencilla. En la noche blanca una blanca muerte que cierra con delicadeza la blancura de una vida apenas vivida.

Hay — tenía necesariamente que haberlo — un romance dedicado al Beso que, para el poeta, es canción inmóvil de rojas armonías y de sonrisa serena. Es, el beso, canción con alas que acostumbra envolverse en sedas: Así se explica por cuáles razones es el beso tan sutil, tan delicado y, sobretodo, tan peligroso.

Homenaje al voluptuoso y a la vez severo Renacimiento: dos sonetos de cinceladura perfecta. El ensueño es río; como tal, fluye inquieto en su profundidad; es humo, por eso tan rápidamente se desvanece, dejando sólo un azulado recuerdo sin persistencia alguna.

La tercera parte del libro, la llamada *Elegía inmóvil*, es un rosario lírico de doce composiciones diversas: un soneto, el de la risa pálida; una especie de silva en la que alternan, con sutil encanto, los dodecasílabos serenos y los traviosos renglones de siete sílabas; una verdadera silva, la de la amiga de mi espiga, la de esta hora de tus horas; otro soneto, el de la larga lluvia y del silencio tan largo; un poema de aristocráticos alejandrinos, el de los silencios fugaces, inmóviles; un brillante capricho becqueriano, cuando vuelvan a sonar esas campanas; otro poema de valor rítmico indiscutible, el del silencio que sigue eternamente sonando su música de luna. Y otros, y otros más. Todos bellos. Todos insinuantes en su aparente superficialidad.

Recordemos, así al pasar, algunas bellezas en el estilo y en el pensamiento. Me llama la atención la verde plenitud del bosque, así como la canción de espejo errante, cascabel animado de paisajes, que el nunca fatigado río va entonando a lo largo de su cauce inmóvil.

Natural es el egoísmo de los enamorados. Pretenden que entre ella y él existan cosas que sólo ha de haber entre ella y él. Nadie más ha de participar de ese secreto, más dulce que las miradas acariciantes, más suave que los besos enloquecedores.

El Amor es tan antiguo como el mundo. Tal vez lo sea más. Sin embargo, cada instante ese amor es más nuevo. Hay en él vibraciones que antes no fueron apreciadas. Es algo de eternidad indiscutible, de eterna permanencia, de constante transformación. Todo amor, si realmente merece ese nombre, en cada minuto, es diferente. Precisa, además, que siga siendo siempre el mismo. Así lo entienden los sabios en amor: los enamorados que son, sin duda alguna, los adolescentes de toda la vida.

Todo poeta experimenta el influjo de una realidad que no es tangible, la de la ausencia. La amada llena con la propia imagen cada una de las horas del amorado, apesar de encontrarse muy lejos de él. El amante es capaz de verla en todo momento: le baslejos de él. El amante es capaz de verla en todo momento: le baslejos de él. El amante es capaz de verla en todo momento: le baslejos de él. El amante es capaz de verla en todo momento: le baslejos de él.

Hemos estado juntos anoche, declara con extrañeza el amante. Sin embargo, a pesar de que las manos entrelazadas se perdían en evocaciones de inefable significación, el amado sentía que ella, la magnífica, la única, estaba lejos, tan lejos como perdida para él y para el mundo. Estaba distante, pero tan viva, más viva que si estaba cerca. Milagros que el Amor, sólo el Amor, es capaz de obtener!

En cierto momento, el poeta evoca los silencios fugaces que permanecen inmóviles. Silencios que duran un instante. Es un instante eterno como eterno lo ven todos los ilusos enamorados. ¡Eterno y fugaz!

Hay, en el correr del tiempo, una profunda armonía. En ese incesante desfile de las horas se suceden las alegrías y los dolores, las tristezas y las esperanzas. Es una no interrumpida sucesión de eslabones, brillantes los unos, oscuros los más. Ese ritmo que nunca termina es el que, al poeta, le dicta sus más elegantes rimas. Con tanta ansia inefable lo obliga a preguntarse de cuál frase olvidada logró obtener el sagrado poema en el que se repite, sin cesar, un tema de inolvidable encanto.

Las golondrinas becquerianas, de perpetua inquietud, nos dejan escuchar sus graciosos e inolvidables aleteos. Aquí es el voltear rítmico de las campanas que han de volver a sonar. La amada contempla muy distintos celajes; en su amargo llanto se siente sola. La lejano presencia que se unen



ASI

VISTEN

ELLAS

VILMA
MADRIZ
GUIER

Ruiseñor del alba,
flor de la primavera...
Espiral del sueño junto a la
melodía de una tarde azul...
Musical escultura...
Trigal de la armonía...

(Foto Arévalo)



el ritmo vespertino de las campanas. En los sonos que se desprenden de los bulliciosos campanarios, se sentirán unidos los dos corazones, ya tan lejanos el uno del otro. Se hablarán, en esos nostálgicos momentos, de cosas tristes, muy tristes. Las campanas, para ellos, no tendrán sino el dejo vespertino de melancólicas añoranzas.

No hay certidumbre más dolorosa que la de saberse ausente en los ensueños de la amada, el sentirse excluido de sus ansias de pasión, de los suspiros suyos, anhelantes y anhelados, de los infinitos y caprichosos anhelos de la mujer preferida. En esos momentos, ella se convierte en un fantasma. Viene a hacer sensible su presencia ausente, sutil, superficial, pero concreta. Presencia de caricias que fueron delicia en momentos idos para siempre. Idos pero nunca olvidados. Recordemos que el Amor nunca olvida. A pesar de los pesares.

Imposible es, para el enamorado, dejar de pensar en Ella. Necesario es encontrarse con Ella en regiones extrañas, desconocidas, imaginarias. No importa que la ausencia se haya prolongado por muchos días, por muchas semanas, por muchos meses. El último día en el que los enamorados se vieron por última vez, le parece — y de esto es imposible dudar — un ayer reciente, más que reciente, actual. Cada día están más lejos el uno de la otra. En realidad, se creen cada momento más juntos ya que el olvido no llega. Al olvido, nadie puede, nadie quiere acostumbrarse. ¡Es tan bello recordar cosas que nos llenaron de felicidad! En este aspecto, el enamorado contradice, a sabiendas, la afirmación dantesca: ¡cuán triste es el recordar en los momentos de dolor, la pasada alegría!

¡En el reino del Amor no han muerto todavía, no morirán nunca, las fértiles quimeras!

Es en resumen, el libro de poesías de Alberto F. Cañas, una preciosa evocación de bellezas inefables, un delicioso resurgir de cosas que fueron. Su lectura hace mucho bien a los espíritus. Tanto a los que aman como a los que amaron y siguen amando.

Con el cariño de todos los días saluda respetuosamente el señor Director de "LA REPUBLICA".

LUZ DEL ALBA

QUIERE USTED GANARSE...



UNO DE ESTOS 6 MAGNIFICOS PREMIOS

?

1er. PREMIO

UNA REFRIGERADORA
de LUJO "GIBSON"

2º PREMIO

UNA LUJOSA COCINA
"GIBSON"

3er. PREMIO

UNA MAQUINA
DE COSER "KYSER"
Zig - Zag de 2 Agujas

4º PREMIO

UNA AGRADABLE SOR-
PRESA QUE LO LLEVA-
RA A USTED LEJOS

5º PREMIO

UN MAGNIFICO RADIO
FRANCES "SNR"

6º PREMIO

UNA BELLA LAMPARA
de GUSTO
INIGUALABLE

!

TODO LO QUE UD. TIENE QUE HACER ES...

Llamar al 1011 y Suscribirse al

PERIODICO

"LA REPUBLICA"

- * UD. RECIBE 8 ACCIONES CUBRIENDO POR ADELANTADO 6 MESES de SUSCRICION de "LA REPUBLICA".
- * UD. RECIBE UNA ACCION POR CADA 20 CUPONES de los PUBLICADOS DIARIAMENTE.
- * UD. RECIBE UNA ACCION AL CUBRIR LAS SUSCRICIONES de OCTUBRE, NOV. y DICIEMBRE.